

Navegar nuestras geografías

**Pueblos, movimientos
y mundos otros**

Raúl Zibechi

Título: Navegando nuestras geografías.
Pueblos, movimientos y mundos otros.

Autor: Raúl Zibechi

Editan: ZAMBRA Iniciativas sociales
E-mail: zambradistribuidora@gmail.com
www.asociacionzambra.org
distri.asociacionzambra.org
BALADRE - Coordinación de luchas contra la
precariedad, el empobrecimiento y la exclusión social
E-mail: baladre@coordinacionbaladre.org
www.coordinacionbaladre.org

Maquetación:  @editorialimperdible

Impresión: Reprografía Signo S.L.L.
<https://reprografiasigno.es>

ISBN: 978-84-127154-1-5

Depósito legal:

Consejo Editorial de Baladre: Virginia V. Panadero, Lucía Medina,
Fernando Patón, Lucía Shaw, Jesús Giráldez, Ruth L. Herrero, Óscar G.
Jurado, Alicia Alonso, Manolo Bayona y David Muñoz.

Agradecimientos

Los 21 trabajos reunidos en este pequeño libro representan el recorrido de casi un año, entre diciembre de 2021 y octubre de 2022. Todos ellos son diálogos con colectivos organizados que resisten, abajo y a la izquierda, la guerra del capital para apropiarse de los bienes comunes y despojar a los pueblos.

La recorrida comenzó en Ciudad de México y en Jalisco con Gloria Muñoz Ramírez y finalizó en Wall Mapu, pasando por Bogotá, Cali, La Paz, El Alto, Buenos Aires, Concepción y territorios mapuche, Rio de Janeiro, Sao Paulo y territorios guaraní mbya y Quito.

Agradezco a todas las personas y organizaciones que ofrecieron su tiempo y su experiencia de vida, y que vienen reflejadas en estas páginas.

Agradezco a Flavio de Libertad de Bajo Palabra por seguir empeñado en publicar a pesar de los tiempos y los vientos.

De modo muy particular agradezco a Desinformemonos y a Gloria, por hacer posible estos recorridos y haber publicado en el portal todos estos reportajes, con enorme generosidad.

Aunque suene algo injusto, porque todas las colectivas han sido igualmente pródigas, dedico este trabajo a las cuatro familias que me recibieron en Nuevo San Gregorio, resistiendo el cerco de las fuerzas armadas, los paramilitares, los narcotraficantes y otras mezquindades.

RZ

Índice

Agradecimientos.....	3.
Prólogo.....	7.
México	
Pueblo otomí: Abriendo grietas en la gran ciudad.....	13.
El Salto: Irrenunciable pelea por la vida.....	16.
Cuidar el bosque, cuidar la vida.....	19.
“Luchar por el agua y por la vida en tiempos de pandemia”...23.	
Brasas sobre el paso seco.....	29.
Nuevo San Gregorio: La dignidad de los que persisten.....	30.
Padre Marcelo: “La tierra gime dolores de parto”.....	36.
Frente de Pueblos de Morelos: La Termoeléctrica no va a funcionar.....	41.
Brasil	
Territorio guaraní mbya: resistencia y mundo nuevo.....	47.
Rio Resiste I: La Escuela Quilombista en Alemão.....	53.
Rio Resiste II: Museo de la Maré.....	57.
Rio Resiste III: Memoria en movimiento.....	61.
Ecuador	
Quito Rebelde I: Hierbateras en las calles y en los cuidados..	69.
Quito Rebelde II: Mujeres de abajo, Mujeres de Frente.....	73.
Quito Rebelde III: de lo pequeño e invisible a los grandes movimientos.....	77.
Wall Mapu	
Autonomías y territorios en resistencia.....	83.
Autonomías urbanas: Boca Sur.....	87.

Colombia

Bogotá a un año de la revuelta.....	95.
Cali: dignidad y esperanza.....	100.

Bolivia

La Paz y El Alto: La regeneración.....	107.
--	------

Argentina

Los encierros son subjetivos y las libertades también.....	112.
--	------

Prólogo

Sobran las presentaciones cuando lo mejor que nos deja este nuevo texto de Raúl Zibechi son las propias palabras de las personas protagonistas.

“Antes estaban claros los enemigos”. La mujer que hace esta declaración se refiere a las dificultades para retornar a las calles, en medio del fuego cruzado del narco y las políticas sociales engañosas, que no resuelven los problemas de fondo pero adormecen a las víctimas.

El autor recorre luchas, comunidades y proyectos ya conocidos para indagar en el presente y el futuro de las gentes que los alimentan a pesar de la, cada vez mayor, presión de ese monstruo tan acertadamente identificado como capitalismo+acumulación por la violencia+mal gobierno.

Programas gubernamentales que individualizan los recursos para dividir a las comunidades y fomentar la penetración del capitalismo más feroz; grandes empresas que ofrecen su cara blanqueada en las zonas ricas del planeta mientras contaminan, expulsan y abusan de las más débiles con la connivencia de las autoridades, que descuidan sus obligaciones con la población afectada; persecución gubernamental a quien denuncia al narco ...el mundo al revés, que diría Galeano.

Aunque lo presentado en este texto recorre gran parte del continente americano, existen numerosos puntos de encuentro entre las diferentes narrativas: despojo, colonialismo, violencia, abuso y muerte; pero también dignidad, memoria, resistencia, educación, liderazgos colectivos y espacios comunitarios.

El libro, como las experiencias que relata, está atravesado por el protagonismo de las mujeres. No siempre visible,

pero innegable. No siempre reconocido o reconocible, pero imparabable, también desde abajo, sobre todo desde abajo.

Sus declaraciones hablan por si solas: “Las mujeres siempre fuimos importantes, desde las Adelitas de la revolución mexicana, porque se nos ha negado todo”; “las limitaciones y la violencia que asimilaba como algo natural, para alguien como yo, marrona, empobrecida, villera y rebelde”; “nosotras aprendemos juntas y vemos que sí podemos”; “estamos en un momento bajo, pero estamos”; “no es posible la liberación de la tierra sin la liberación de la mujer”; “no necesitamos caciques, sino liderazgos colectivos”.

El autor califica las memorias de las mujeres como “tejidas con pasión y orgullo”. La misma pasión que continúa vertebrando las redes de vecinas que son mayoría en las brigadas que protegen bosques amenazados por la especulación inmobiliaria. El mismo orgullo con el que las hierbateras ecuatorianas cocinan ollas populares, cierran carreteras y apoyan los paros y las movilizaciones con sus conocimientos en herboristería medicinal.

En casi todos los proyectos los protagonistas destacan el valor de disponer de espacios de libertad, que identifican como “seguridad colectiva”. En ellos crecen talleres, escuelas, bibliotecas, espacios de salud o de memoria histórica, zonas deportivas, huertos y comedores populares a los que nombran como “autodefensa alimentaria”, con el objetivo de “construir comunidad”, abordando aquellos problemas que el Estado no encara.

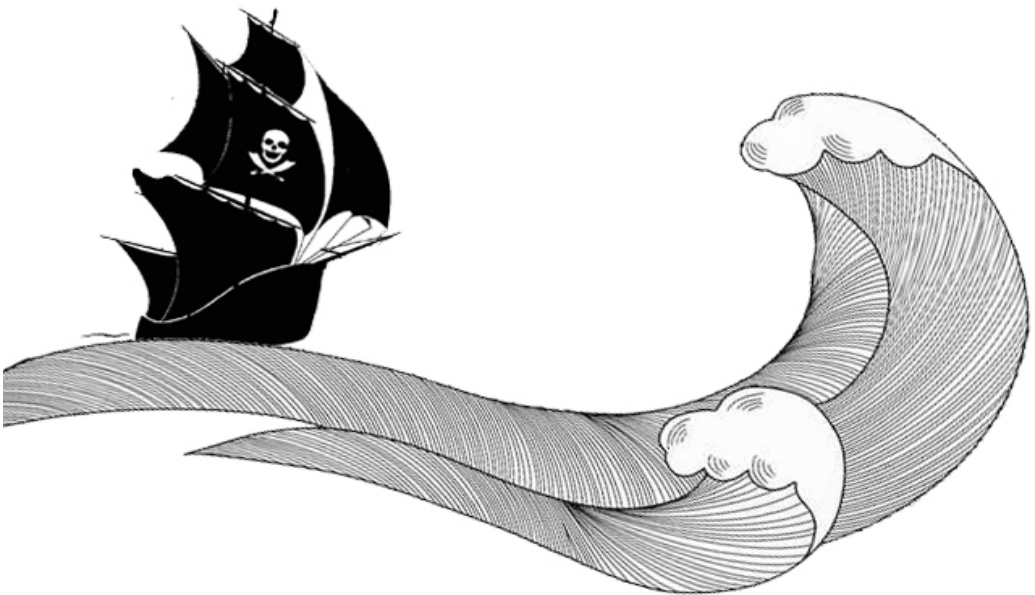
Por último escuchamos la voz de una mujer, como tantas otras encarceladas por su color de piel y criminalizadas por ser pobres: “...el Estado, la justicia y los sectores con más recursos económicos necesitan mantener subjetivamente a la comunidad fragmentada entre buenos y malos, víctimas y victimarios, sujetos de derechos y sujetos criminalizadxs, la concentración del poder patriarcal para sostener el “orden social”, aunque está más que demostrado que la cárcel no reduce el delito no

previene ningún daño y por sobre todo no repara. La libertad para mí no pasa por salir de la cárcel, la libertad para mí es la capacidad empática que podemos desarrollar en la percepción del otro, mirando a ese otro como mirándose uno mismo. Juzgando a ese otro como juzgándose a si mismo. Los encierros son subjetivos y las libertades también.”

Gentes de Baladre



México



Pueblo otomí: Abriendo grietas en la gran ciudad

(diciembre 2021)

Recorrer las instalaciones del INPI, tomado desde hace más de un año por la comunidad otomí, supone ingresar en los calendarios y las geografías de las resistencias al despojo. Carteles de Samir Flores, del CNI-CIG y del EZLN, de la oposición al Tren Maya y a otros mega emprendimientos, tapizan las paredes junto a las artesanías otomís, entre las que destacan las ya célebres muñecas Lele. El enorme edificio diseñado para la gestión de políticas indigenistas funcionales al despojo, se ha convertido desde el 12 de octubre de 2020, en bastión de las dignidades.

Apenas se traspone el umbral del recinto, se hace visible la organización rigurosa de la comunidad ocupante. Seguridad colectiva, espacios delimitados, limpios y ordenados, zonas dedicadas a niñas y niños, áreas para reuniones y talleres, para comedor y escuela. Las mujeres toman la delantera relatando la larga historia que las llevó a la ocupación del INPI, esbozando un tapiz de memorias tejidas con pasión y orgullo, espacio que bautizaron Casa de los Pueblos Samir Flores Soberanes.

Las familias otomíes comenzaron a llegar a la Ciudad de México hace cuatro o cinco décadas, expulsadas de sus territorios ancestrales por la falta de trabajo, por ese desastre que llaman desarrollo. La emigración fue más individual que familiar, según el relato de Gilberto. Llegaban a la gran ciudad para vender sus artesanías, pero debían dormir en estaciones de metro o en glorietas y se regresaban a los 15 días para retornar con más productos. “Tuvo que suceder una desgracia para que comenzara la organización, hace ya 20 años”.

Se refiere a la primera toma de un predio, en la Colonia Roma (Guanajuato 125), que representó un salto adelante en

la organización, al hacer posible que las familias atomizadas comenzaran a construir comunidad. Un cambio cualitativo en la historia urbana otomí de similar envergadura al que representa la toma del INPI. Contar con espacios propios, auto-controlados y auto-gestionados en el corazón de la gran ciudad, el espacio más difícil para construir autonomía, parece ser un paso ineludible en la conformación de sujetos colectivos. En los territorios tradicionales esos espacios los preceden, por eso en las zonas rurales la reproducción de la comunidad tiene bases materiales más firmes, que les permiten consolidarse como pueblos y sujetos colectivos.

“No nos conquistaron ni nos van a conquistar”, afirma Isabel, una delegada de la comunidad otomí que acaba de regresar de la Gira por la Vida: “En Europa fuimos la voz y los ojos de los pueblos y comprobamos que nuestras voces están en todo el mundo, porque somos los ríos, el agua, la vida...”. Su compañera, Marisela, concejal en el CNI, descubrió que “en Europa hay gente como nosotras”, y dijo con orgullo que no sólo llevaron la voz de los pueblos originarios sino de las personas explotadas y oprimidas de México. Por eso, asegura que “la lucha es una sola y que hay que luchar juntos”.

En cierto momento surge la reflexión sobre la dificultad del trabajo organizativo urbano. “Los otomís no tenemos derechos a la ciudad, no tenemos territorios que nos pertenezcan”, señala Marisela. A lo que Joaquina agrega la discriminación por la lengua, la falta de vivienda digna y el problema del acceso al agua. De ahí la importancia que conceden al haber construido cuatro predios que han sido los espacios del crecimiento colectivo, en los que crearon las primeras escuelitas autónomas y multiplicaron sus artesanías que se han convertido en forma de vida.

De algún modo, la vida en los predios y en el INPI ocupado se retroalimentan, pero ahora de forma exponencial. “Aprendimos a escucharnos, porque antes las diferencias se resolvían a los golpes. Al llegar aquí esa cultura empezó a

cambiar, decidimos que no se consume alcohol ni drogas y que la toma es para todos y todas”, reflexiona Julieta, mientras otros relatan la relación que mantienen con los padres de Ayotzinapa y luchas como Bonafont en Puebla. Crearon comisiones para asegurar la continuidad de la vida cotidiana en la toma y pusieron en marcha un molino para poder hacer tortillas, en cuya elaboración participan también varones.

La conversación va derivando, naturalmente, hacia el papel tan destacado que juegan las mujeres otomís en la toma y en la comunidad. De hecho, son la inmensa mayoría de las que conforman de intercambio, pero sobre todo muestran soltura y firmeza a la hora de tomar la palabra. Se explican con sencillez, con claridad y determinación. “Las mujeres siempre fuimos importantes, desde las Adelitas de la revolución mexicana, porque se nos ha negado todo”, dice quien domina la historia de las rebeldes.

Le preguntamos cómo hicieron y que está pasando con los varones. Encara sin la menor duda: “Nosotras aprendemos juntas y vemos que sí podemos. Pero a los hombres les cuesta entender, además luchan entre ellos, se les hace difícil aprender a convivir”. En el ambiente se siente que está tocando un punto sensible y decisivo. Gilberto terea, como mirándose hacia adentro: “Allá donde vamos, los varones somos los primeros en querer hablar”. Algo que venimos comprobando en todas y cada una de las luchas que atraviesan nuestro continente.

Después de varias horas de compartir con la comunidad otomí, la despedida es lenta y trabajosa. Quedan muchos temas por abordar, como las enormes dificultades para vincularse con otros pueblos originarios de la ciudad, muchos empeñados en tramitar sus asuntos a través de los partidos del sistema. Queda la convicción de la potencia de la comunidad otomí rebelde, de sus mujeres y sus jóvenes, sus niñas y niños que levantan el puño cuando se viva a Zapata. Y queda, también, la certeza de que esta toma marca un parteaguas en las luchas tan complejas y enrevesadas luchas urbanas.

El Salto: Irrenunciable pelea por la vida

(diciembre 2021)

“**N**os enfrentamos a un monstruo de mil cabezas”, suelta Juanita en la ronda de vecinas y vecinos organizados que van desgarrando sus dolores y rabias. Esta mujer de Casablanca, un poblado de unos seis mil habitantes, resume un sentimiento extendido entre los presentes. Alguien agrega que en el corredor industrial, creado hace 55 años, se suman empresas nacionales y multinacionales que han contaminado la cuenca del río Santiago, donde además vierten sus desechos los habitantes de Guadalajara.

De las 750 empresas del corredor, unas 200 representan alto riesgo ambiental, como las grandes farmacéuticas y laboratorios y empresas como IBM, Nestlé, Honda e Hitachi. El corredor industrial creció exponencialmente desde fines de la década de 1960, pero los gobiernos no invirtieron en infraestructura, de modo que buena parte de las empresas que se instalaron en esa región no figuran las más avanzadas en tecnologías y son las más contaminantes.

Como sostiene uno de los varios estudios, “El Salto juega un papel dentro de la metrópoli como el lugar donde se asienta la población segregada del desarrollo urbano, ya que ahí no se ha dotado de la infraestructura suficiente para satisfacer las necesidades de la población”¹. El crecimiento exponencial de la industria y de la población, que pasó de nueve mil habitantes en 1980 a probablemente más de 200 mil en la actualidad, es parte de lo que Juanita denomina como la monstruosidad del capitalismo actual.

Lo que pudimos ver en las colonias de El Salto es una

1. “Desarrollo de el Parque Industrial El Salto, Jalisco”, Juan Jorge Rodríguez Bautista y María del Rosario Cota Yáñez, Cadernos PROLAM/USP, 2006, en https://sistemamid.com/panel/uploads/biblioteca/2015-04-04_10-15-31118772.pdf

enorme precariedad que, según Alan y Sofía, integrantes de Un Salto de Vida, se debe en gran medida a la urbanización precipitada y la crisis ambiental, que llevan a que alrededor del 40% de las viviendas en algunos barrios estén abandonadas.

Pero lo que más impresiona fue el “tour del horror” que nos llevó a recorrer una parte del corredor, surcado por un río increíblemente contaminado. Más que datos, aportó un hecho real vivido en la vivienda donde nos alojaron, en la zona central de la ciudad: a las 4 de la madrugada te despierta un olor nauseabundo que impide dormir y te impone la mascarilla para no sofocarte.

Cuando subes a los cerros que rodean Mezcala, en el lago de Chapala, resalta la mancha marrón que sobrevuela, pegajosa, el corredor industrial.

Ambas formas de contaminación me recuerdan que la OMS asegura que cada año mueren 7 millones de personas por la contaminación del aire² y que la ONU estima que otros 5 millones mueren por la falta de agua potable³. ¿Cuántas mueren en El Salto, donde nos dicen que abundan el cáncer y la insuficiencia renal?

“Tierra, agua y aire limpio para nuestros pueblos”, es uno de los lemas de Un Salto de Vida. Que lleva a meditar sobre el concepto como “conflictos socioambientales” acuñado por los académicos, no alcanza para comprender el desafío de sostener la vida cuando la muerte se convierte en el argumento central del capital.

Lucha por la vida que conoció un ciclo de luchas potente entre 2008 y 2011, y que se fue desgranando (desde asambleas de más de mil personas en la plaza) por un conjunto de políticas que pueden resumirse en la combinación represión estatal, división generada por los partidos, cooptación por las ONGs (en particular IMDEC) y el férreo control del narcotráfico en los municipios de la región.

2.- En: <https://ourworldindata.org/data-review-air-pollution-deaths>

3.- En: <https://www.ihu.unisinos.br/615349-o-lumpesinato-da-agua>

“El narco controla los municipios”, se escucha una voz masculina en la ronda. En tanto, una de las mujeres agrega que “la gente acude al narco para resolver sus asuntos”, que pueden ir desde un conflicto de parejas hasta préstamos en efectivo. Alguien más recuerda que hace varios años ingresaron hombres armados al municipio de El Salto, desalojaron a todos los directores y colocaron en su lugar a “su gente”. En suma, México es hoy un narco-estado, por más discursos que intenten disimular este horror.

El intercambio entre personas organizadas va rodando hacia los obstáculos para sostener la actividad colectiva. “Hay mucho para hacer y somos muy pocos”, machaca una voz femenina, sector que suma casi dos de cada tres presentes, como sucede en todos los movimientos. Las dificultades no sólo provienen de la violencia extrema (en municipios del corredor industrial se encontraron algunas de las fosas clandestinas más grandes del país), sino por una sensación de caos y confusión que domina en todo el planeta y que ha sido creada por la confluencia de medios del sistema y de gobiernos que hacen un discurso progresista y una política neoliberal.

“Antes estaban claros los enemigos”, reclama una mujer de Santa Cruz de las Flores, haciendo hincapié en las dificultades que tiene la inmensa mayoría de la población para retornar a las calles, en medio del fuego cruzado del narco (que surge desde dentro de nuestras familias, dice otra mujer) y las políticas sociales que no resuelven ningún problema de fondo, pero adormecen a las víctimas del modelo.

Cuidar el bosque, cuidar la vida

(diciembre 2021)

Desde hace 16 años el Comité en Defensa del Bosque Nixticuil, una brigada comunitaria situada en la colonia Tigre II, en la periferia de Zapopan (Guadalajara), viene preservando, protegiendo y reforestando un área codiciada por la especulación inmobiliaria.

Caminar por el bosque supone descubrir el daño y la preservación, anudadas en un mismo territorio, imposibles de separar. Pequeñas zonas negras, calcinadas por incendios o por la quema controlada; enormes encinos que se yerguen orgullosos sobre los arbustos; pequeños árboles recién sembrados y pinos medianos que crecen con exasperante lentitud, por la escasez de agua y un suelo erosionado y rocoso.

Las cifras que aportan sus integrantes muestran la calidad y la intensidad del trabajo que despliegan: más de cien mil árboles plantados en las tres mil hectáreas que protegen, 340 incendios intervenidos de forma totalmente autogestionada, sin el menor apoyo de las instituciones municipales o estatales que, por el contrario, cobijan y protegen al capital inmobiliario, principal responsable de la cadena de incendios.

El principal empeño del colectivo consiste en la prevención, a través de trabajos que realizan durante el invierno mediante la limpieza de hierbas, pastos y arbustos, de forma manual y a través de quemas controladas. Para frenar la erosión, trazan trincheras, un trabajo casi invisible pero básico para la conservación del suelo.

Cuando caminamos por el bosque contemplamos la diversidad de especies: tepanes y hazaches, guayabos y tronadoras, palos dulces y huizaches, compartiendo espacios con los más identificables pinos y encinos. En el vivero que crearon en plena colonia, que es motor de la reforestación,

conviven todas estas especies en macetas de plástico, esperando el momento del trasplante.

El gran problema, el enemigo que hace necesaria la defensa del bosque, se llama capital inmobiliario, que viene cercando, con media decena de fraccionamientos, un bosque que la brigada comunitaria se empeña en preservar, enfrentando poderosos intereses que se cobijan en todos los partidos y en las principales instituciones.

“El mapa de los incendios coincide con el de los proyectos inmobiliarios”, dice alguien en la ronda del Comité. Una práctica del capital especulativo que se repite en todos los países del mundo donde el extractivismo urbano es una de las fuentes más voraces y depredadoras de acumulación de capital. El crecimiento de las ciudades satélites de Guadalajara resulta exponencial y abarca desde sectores populares hasta clases altas y gran burguesía, que añoran vivir en “espacios naturales”, sin reparar en la depredación que implica la “buena vida” individualista.

Frente a este capital mafioso, los miembros del Comité oponen la cohesión y firmeza comunitarias, la autogestión que se plasma en rifas, ferias y fiestas para recaudar fondos que les permiten comprar herramientas (desde azadones y rastrillos hasta mochilas de aspersión que tienen un precio de siete mil pesos/250 dólares cada una).

El “ataque” al fuego, así se expresan los miembros de la brigada comunitaria, puede ser directo o indirecto. El primero supone irse sobre las llamas con agua y pantalones viejos mojados para ahogar las tres fuentes del fuego: combustible, aire y calor. Sólo puede emplearse cuando las llamas son pequeñas y el fuego es controlable de ese modo.

El ataque indirecto se emplea en los grandes incendios y consiste en abrir cortafuegos y eliminar las fuentes que lo alimentan, en general pastos secos y ramas. Para ello cuentan con una camioneta que transporta mil litros de agua con mangueras que alcanzan hasta 200 metros pero, como dice

uno de los brigadistas, “la lógica consiste en no usar agua”. Escasea, es difícil de transportar y también dominan técnicas complementarias.

Con los años se han formado redes de vecinas, casi todas son mujeres, que avisan por wasap apenas observan el humo del incendio, pero también colaboran en el control del fuego. Quienes se implican directamente son, casi en solitario, las personas que integran el Comité. Un trabajo arduo, que puede llevar varias horas y casi siempre provoca deshidratación y extremo cansancio.

Además de prevenir, preservar, restaurar y apagar incendios, los miembros del Comité se empeñan en la recuperación de animales que pueblan las decenas de cañadas que atraviesan el bosque, de desalambrar las zonas que el capital pretende expoliar, y animan a los vecinos a vincularse al bosque.

Como suele suceder, los trabajos menos visibles son los más intensos. Cada uno de los miles de árboles que trasplantan cada año, son regados durante cinco meses para evitar que se sequen, lo que supone hasta 40 mil litros mensuales que deben sufragar de los fondos colectivos. Elaboran abonos y plaguicidas orgánicos, fertilizantes y hacen compostaje para enriquecer la tierra.

Han creado un espacio de mujeres que resulta clave para la continuidad del colectivo, ya que “no es posible la liberación de la tierra sin la liberación de la mujer”, como sostiene una de ellas, destacando la conexión de la lucha contra el patriarcado con la defensa del territorio.

Todo esto se inició, destaca la ronda de brigadistas, cuando en 2005 un grupo de mujeres de la colonia se movilizó para frenar la tala del bosque, entre otras cosas porque era el espacio donde jugaban sus hijos e hijas. Siempre fueron mayoría en esta lucha, quizá porque son las que están más tiempo en el barrio, tal vez porque los cuidados son intrínsecamente femeninos, aunque a veces participen los varones, como sucede en el Comité en Defensa del Bosque Nixticuil.

Después de la energía que aporta la caminata y de la extensa ronda, surgen algunas certezas. “No imaginamos vivir sin el bosque, por la dependencia física y emocional que establecimos”, dice una voz. “Nos vemos como una extensión del bosque”, suma otra palabra.

Dos jornadas de intercambio comunitario, nos dejan la firme impresión de que es posible, que sí se puede; pero sobre todo que vale la pena dedicar la vida, aún sin equipos de protección del fuego, a restablecer la relación social y el vínculo con la naturaleza destruidos por el capitalismo. Un modo de vivir que no puede resumirse con los gastados vocablos de resistencia y lucha.

“Luchar por el agua y por la vida en tiempos de pandemia”⁴

Altepolmecalí, San Mateo Cuanalá,
Puebla, México 5 de Diciembre de 2021

Buenas tardes a todas y a todos. Primero que nada, felicitarlos y felicitarlas por esto que han construido y creado. Felicitarlas porque han sido capaces de resistir durante muchos años en esta región, han sido capaces de tomar esta planta, han sido capaces de cerrar ese pozo de muerte por el que se va la vida, que es el agua, y han sido capaces de sostener todos estos meses la ocupación, pero además felicitarlas, y digo, digo felicitarlas porque la mayoría son mujeres, como en todas las luchas hoy en día.

Felicitarlas porque no solo resisten contra, no solo resisten contra la muerte, sino que además crean vida. Hace un rato recorrimos los espacios de la mujer, de la salud, de la educación, de los deportes por allá donde hay puercos y donde hay cabras, o sea, no solo resistimos, sino que además creamos. Por todo eso y por lo que son y por el tiempo que llevan es un orgullo estar aquí, agradecerles enormemente esta invitación en nombre del pequeño equipo Desinformémonos los que hemos venido y agradecerles que vuestra lucha es, como dijo recién Carlos, un tiempo que yo recuerdo.

Ha habido represiones, ha habido masacres, ha habido dictaduras, ha habido situaciones muy difíciles en mucho tiempo, pero ésta lo es particularmente porque han conseguido crear mecanismos de nuevo tipo de control y de subordinación. Es una ofensiva de arriba que utiliza las viejas armas de la represión dura y pura, de la militarización, de sacar a la policía, a los militares, pero además están encontrando nuevas formas de

4.- Acto organizado por Pueblos Unidos el 5 de diciembre de 2021.

control a través de lo digital, a través de las nuevas tecnologías. Están encontrando con la inteligencia artificial, nuevas formas de controlar y de ubicar a las y los rebeldes.

Hoy el sistema tiene muchos más mecanismos para ejercer su dominación y en este momento lo está haciendo en todos los sentidos y está desplegando no solo en México, en todas partes, enorme cantidad de iniciativas de despojo y de encierro de la población. Estamos llegando a situaciones, aquí en México no ha habido tanto, pero hay países como Chile, por ejemplo, como Argentina, donde la población durante meses no pudo salir de sus casas y si salían de las casas estaba inmediatamente la policía pidiendo la razón por la cual se salía, porque te dejaban salir una hora por día a la calle, solamente para ir a un radio de 500 metros de tu casa, de cinco manzanas a la farmacia o al mercado, nada más. Y si salías dos veces, como tienen todas las formas de control, ya te multaban, te detenían o te devolvían a tu casa. Entonces, con este ejemplo quiero describir la enorme dificultad que están atravesando los pueblos que para seguir siendo pueblos.

Lo segundo que quiero mencionar, para mi sorpresa, yo soy bastante optimista, pero para mi sorpresa, en estos dos años los pueblos en América Latina han tomado ofensivas enormes, no solo aquí en México. Hay países enteros que se han levantado como Colombia. Durante tres meses, una huelga general con millones de jóvenes y jóvenes en las calles. Hay una ciudad de Colombia que se llama Cali, que es del tamaño de Puebla, más o menos, donde crearon 25 puntos de resistencia, que son espacios liberados, donde hacían su vida igual que aquí, su biblioteca, su puesto de salud, su espacio para la educación, para las artes, para el juego, el deporte, espacios en las calles, en donde miles de jóvenes se sentían seguros porque se cuidaban a sí mismos. Fuera de esos espacios era la muerte. Allá no se llama Guardia Nacional, se llaman Escuadrones Móviles Anti-Disturbios que hacían cosas horribles, desaparecieron cientos de personas durante estos tres meses de revuelta y dejaban en

algunos sitios bolsas de plástico de nailon, transparentes, con trozos de cuerpo cortados que eran de los desaparecidos.

¿Por qué hacerlo así? Es como el caso de Tijuana o de Ciudad Juárez con las mujeres para escarmentar, y decirles si te manifiestas te puede pasar esto. Pese a eso, se mantuvieron tres meses la lucha y los puntos de resistencia. Ésto no es algo menor. Además pasó algo que a mi modo de ver es único en América Latina. En esos tres meses, como sucede aquí, los pueblos más avanzados son los pueblos originarios. Yo creo que Carlos conoce el Consejo Regional Indígena del Cauca, los pueblos Nasa y Misa, porque he visto que han firmado junto con el CNI algunos documentos.

Los Nasa tienen lo que se llama Guardia Indígena, que es una guardia pacífica, armada con un bastón de mando y dirigida por las comunidades, sostenidas por las comunidades y revocable, si te portas mal como guardia o abusas de tu poder, te pueden quitar.

Es una maravilla la guardia, yo la conozco bastante. La Guardia protege a las comunidades de la violencia del sistema, de la policía, del ejército, de los paramilitares y de los narco paramilitares, como los que están actuando en Chiapas y en todo México. Bajaron a la ciudad cinco mil guardias en sus Chivas, que son unos camiones abiertos que usan los campesinos, para estar semanas en la ciudad y colaborar con la lucha. Ellos tienen una larga experiencia de cuando viene la represión, rodearla y neutralizarla, y los ayudaron a detener a varios civiles armados y policías que estaban disparando contra los manifestantes. Entonces, esa alianza indígena, pueblos negros, que son los que viven en Cali, y mestizos, fue una de las maravillas que hemos encontrado en estos meses tan duros de pandemia.

En Perú a una semana de un golpe parlamentario que hubo, en unas semanas derribaron a un gobierno. Millones de jóvenes en las calles. Sucedió en Chile y sucedió en Bolivia, sucedió en muchos países que la gente dijo basta. Es un poco lo que decía recién Carlos, cuando hay una situación en la cual la gente

percibe y se da cuenta que si no frenamos a esta máquina de muerte, la máquina de muerte por sí sola nunca se va a parar, no tiene límites, no conoce limitaciones, no conoce otra cosa que seguir acumulando en base a la muerte y a la destrucción.

Se han levantado por eso y la represión es contra la dignidad, contra los pueblos que resisten en México y en todo el mundo, y en América Latina en particular, pese al mucho dolor que hay, porque en Chile hubo 400 manifestantes que perdieron la vida. Cuatrocientos porque la policía, y ésto no es casualidad, lo han aprendido en Israel, se especializa en disparar balas de goma contra los ojos, ensayan, por supuesto, y tienen entrenamiento. No es casualidad que en unas semanas 400 jóvenes perdieron la vida.

Esto es muy grave. La represión en Colombia, por ejemplo, contra el pueblo Nasa y Misa, unos 100 o 120 indígenas, pueblos originarios son asesinados cada año por paramilitares o narcos o narcos y paramilitares aliados. ¿Por qué? Porque están frenando la minería, porque están frenando los cultivos de drogas, porque están frenando esto que llamamos extractivismo, privatización, despojo. Entonces, cuando hay pasos exitosos en frenar el despojo, ahí viene la represión como una venganza tremenda.

Lo tercero que quería mencionar es el tema de las autonomías. Es el tema de que los pueblos toman el espacio como este, que era una de las preguntas, porque si no toman espacios no pueden vivir. Yo creo que estos espacios como este, como el del INPI, como tantos que hay en México, como las comunidades, los municipios autónomos en Chiapas, los caracoles, son como los pulmones que nos permiten respirar a los pueblos. Si no tomamos este espacio ya respiramos menos o nos ahogamos.

Estos espacios nos permiten fortalecer esa resistencia de los veinte pueblos que están apoyando esta lucha. Esta toma de espacios, de espacios autónomos es fundamental, porque si no hacemos esto nuestra capacidad de seguir siendo pueblos

es mucho menor. Alguien mencionaba hoy que desde que se cortó el pozo, los ríos y las y los manantiales tienen más agua. Bueno, ese es el ejemplo, estas tomas nos permiten respirar, vivir, además de que nos permiten relacionarnos mejor con otras luchas, con otros pueblos y con nuestras propias bases de apoyo.

Quiero decirles que en toda América Latina avanzan autonomías. En Perú ya tenemos dos gobiernos territoriales autónomos, uno que ya venía de antes del pueblo Wampis, y ahora se creó Pueblos de la Amazonia, pueblos de tierras bajas. Ahora esta semana se creó el gobierno territorial autónomo de la nación Shipibo, que es una nación ya un poco más grande, setenta mil integrantes, en el norte de Perú, en la zona amazónica, casualmente zona donde hay explotaciones de hidrocarburos, de petróleo. Ahí, como defensa, crean gobiernos autónomos.

El pueblo mapuche durante los primeros cuatro meses de este año han pegado un salto adelante enorme y han tomado tres o cuatro haciendas por día. Es un caso impresionante del pueblo mapuche. ¿Por qué? Porque se están ahogando en un mar de pinos, porque ahí el despojo son plantaciones de pino gigantes que chupan toda el agua de la tierra e impiden a los pueblos seguir cultivando.

Por último, una de las grandes ofensivas políticas y culturales que tenemos bajo la pandemia es la gira del EZLN, del CNI, del Consejo Indígena de Gobierno y del Frente de Pueblos por Europa. ¿Por qué ésto es importante? Porque en plena pandemia sucede algo completamente nuevo y es que van a Europa, y no van dirigentes y dirigentas como era antes la solidaridad. Esto me gusta repetirlo en cada lugar que voy. Hasta hace unos años, la solidaridad o el intercambio era un dirigente de de una organización de aquí o del país que fuera va a Europa y se junta con otros dirigentes, y son formas de vincularse desde arriba.

Aquí lo que hay es otra cosa. Es un abrazo entre las y los de abajo. Es una relación horizontal entre pueblos. Ese es el

primer aspecto. El segundo es que se descubre y se visibilizan cientos de nuevas resistencias. Fueron más de mil colectivos los que invitaron a las delegaciones de la gira y se reunieron por eso mil colectivos y probablemente con otros más, en muchos países y en resistencias que no se conocían, en resistencias que se están descubriendo entre sí y reconociendo.

Éste es un proceso bien importante, porque no alcanza con luchar en un lugar, ni en dos lugares, ni en tres lugares, es necesario tejer. Es como un tapiz nuevo que estamos tejiendo las resistencias de todos los lugares, las resistencias grandes y las pequeñas. Como decía recién Carlos, y eso yo lo vi en toda América Latina, hay lugares donde quienes resisten son cinco personas en una comunidad son cinco los que están organizados resistiendo y ese es el valor que tiene, porque el problema no son cuántos, uno puede llegar con una buena propaganda y mucha y puede llenar el Zócalo cuando quiera. Si me dan a mí toda la lana del mundo, yo lleno el Zócalo.

¿Pero eso qué valor tiene? El Zócalo es un oleaje que va y que viene de esa multitud. Si en una comunidad de cien hay cinco organizados, pues es con ellos con los que tenemos que tejer. No es por una cosa que no se sabe lo que es, porque la multitud esa del Zócalo no tiene nombre, no tiene territorio, no tiene identidad, no tiene autonomía. Entonces lo que estamos haciendo es un tejido maravilloso de todos los colores, de muchas formas de autonomía distintas, de muchas formas de pensar, de hablar, de luchar.

Ese es el valor que tiene la gira que se está dando en plena pandemia, en el momento más difícil y que yo creo que es una siembra que en el futuro vamos a cosechar, multiplicada por mucho, mucho, mucho. Gracias.

Brasas sobre el paso seco

(Setiembre)

“**E**l gobierno quiere acabar con nuestra organización. Como no nos callamos, nos amenazan y nos obligan a aceptar sus programas o vamos presos. No hay cambio”, señala Manuel Pérez, de las Abejas de Acteal, en la inauguración de la exposición fotográfica “Brasas sobre el pasto seco”, el 9 de setiembre en Batsi Lab (<https://www.batsilab.org/>), un centro que agrega a su nombre “fotografía y comunidad”.

Le siguió Silvia López de Magdalena de Aldama, que recordó al centenar de asistentes que desde hace siete años sufren “desplazamiento permanente e intermitente porque nos quieren quitar 60 hectáreas”. En ese período hubo decenas de heridos y varios muertos en las doce comunidades afectadas y que en los últimos meses, aunque la violencia ha amainado, siguen las detonaciones de armas de fuego”.

“Muchas personas sufren crisis psicológicas por el miedo porque nos resulta muy difícil vivir sin paz”. Denuncia la impunidad de los violentos, asegura que “vamos a seguir caminando por justicia verdadera aunque el gobierno amenaza con encarcelar a nuestras autoridades”.

Se despidió recordando “las cicatrices en el cuerpo y en el alma” que sufren cientos de personas en Aldama, pero pidió “poder expresar también las alegrías, no sólo los dolores, como estamos haciendo aquí”.

Finalmente intervino José Ángel Rodríguez, fotógrafo que junto a Isaac Guzmán retrataron los dolores y resistencias. “Vamos a seguir trabajando junto a Aldama y Acteal para contar historias de vida y no sólo de tristezas”.

Apostó por un arte optimista que mire el futuro y enfatizó, apelando al nombre de la muestra, que “estamos regando el pasto para que podamos contar historias más hermosas que ésta”.

Nuevo San Gregorio: La dignidad de los que persisten (septiembre)

Saliendo de Oxchuc hacia San Cristóbal, se abre un camino hacia la izquierda que serpentea entrando en un valle profundo, rodeado de montañas verdes y tapizado de nubes bajas. Las piedras amontonadas al comienzo del recorrido revelan la tensión que vive la zona, con bloqueos casi ininterrumpidos cuando arrecian los conflictos.

A poca distancia me indican un cartel que lo dice casi todo: “Somos los ex combatientes que volvemos por nuestra tierra”. La guerra entre hermanos, entre familias de las mismas comunidades y a veces dentro de las propias familias, la violencia generalizada, es tal vez el mayor triunfo de las políticas sociales contrainsurgentes que riega el “mal gobierno” para destruir las organizaciones de abajo.

Mientras avanzamos, miembros de la Red de Resistencia y Rebeldía Ajmaq y del Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas (Frayba), explican las dificultades que podemos encontrar en el camino⁵. Mencionan en especial una familia a poco más de cien metros de Nuevo Poblado San Gregorio, que suele cortar el camino cuando llegan visitantes a la comunidad que forma parte de las bases de apoyo del EZLN. Se sienten preocupados porque hace cuatro meses que no visitan la comunidad, ya que debieron suspender las brigadas de observación por las amenazas constantes que recibían.

Cielo cubierto, nubes de plomo, lluvia intermitente que amenaza convertirse en diluvio, y un camino que empeora a medida que nos acercamos a nuestro destino. Nos reciben un puñado de varones y mujeres de edad mediana, caminamos

5.- Pueden verse los comunicados respectivos en <https://redajmaq.org/es/visita-al-caracol-10-y-nuevo-san-gregorio> y en <https://frayba.org.mx/amenazas-y-agresion-durante-documentacion-en-el-poblado-de-nuevo-san-gregorio>

hacia un espacio abierto y techado desde el que se contempla un hermoso panorama: matices de verdes en la pradera que van trepando hasta las cumbres recubiertas de árboles nativos.

De la recuperación al despojo

Después de los saludos de rigor, nos sentamos en ronda en el mismo espacio donde funciona la carpintería. Elaboran objetos que son vendidos en las ciudades, para fortalecer la resistencia y mantener los colectivos de trabajos. Destaca una pequeña barca multicolor que forma parte del imaginario creado por la Travesía por la Vida que recorrió Europa en 2021.

Un compañero zapatista se pone de pie y comienza una larga reconstrucción de la historia de Nuevo San Gregorio. Comienza diciendo que se retiraron dos familias en los últimos días, agobiadas por las penurias. Quedan apenas cuatro familias, lucen cansadas pero sonríen, se entusiasman con las visitas y la promotora de educación no oculta su entusiasmo.

“Recuperamos las 155 hectáreas del rancho el 12 de octubre de 1994”, relata el compa. Recuerda que eran muchas más familias, tal vez unas treinta, pero “muchos compas se fueron retirando de la organización para recibir los proyectos del gobierno y sus malas ideas”. Los que se fueron quedando, insistieron siempre en la autonomía y los trabajos colectivos.

Maíz, frijol, trigo, hortalizas, chícharos o arvejas, y ganado, eran trabajados en colectivo, además de las parcelas de cada familia. “No le damos químicos a la madre tierra”, dicen las bases de apoyo mientras la lluvia golpea con fuerza los techos amortiguando las palabras.

En las tierras recuperadas participaban bases de apoyo de diez poblados de la zona, que cultivaban en colectivo. Pero el 19 de noviembre de 2019 las cosas cambiaron de forma radical. Unas 24 familias de cuatro poblados comenzaron a alambrar las tierras recuperadas, fueron colocando cercos de forma progresiva hasta ocupar el 95% de las tierras, dejando apenas

unas hectáreas donde se agrupan las cuatro familias zapatistas.

Cercaron el tractor de las bases de apoyo, impidiendo que nadie se acercara hasta que se fue deteriorando y se terminó estropeando. Ocuparon y luego saquearon la escuela secundaria que funcionaba en lo que era el casco del rancho, destruyeron cosechas y lastimaron ganados con machetes. Destruyeron el potrero colectivo y el estanque de peces, cercaron el pozo de agua y los caminos, con lo que el acceso a la luz, el agua y la leña es cada vez más difícil.

El 8 de setiembre, dos días antes de nuestra visita, entraron a la secundaria y saquearon la biblioteca y las oficinas. Fue la agresión más reciente pero no será la última, ya que a lo largo de tres años fueron despojando y cercando de forma gradual y continua a las familias bases de apoyo. Siempre son varones armados con machetes, macanas y garrotes, algunos con armas de fuego. Los vigilan todo el tiempo, no les permiten cultivar, llueven las amenazas también a las personas solidarias que los visitan.

La Junta de Buen Gobierno “Nuevo Amanecer en Resistencia y Rebeldía por la Vida y la Humanidad” y Caracol 10 Caracol 10 “Floreciendo la Semilla Rebelde”, les llevó tres propuestas para destrabar la situación. La primera fue trabajar las tierras en común y que el fruto se repartiera entre las familias. No aceptaron.

La segunda fue repartir las tierras a razón de una hectárea por persona, de modo que una parte sustancial de las 155 hectáreas recuperadas serían usufructuadas por los invasores. No aceptaron.

La tercera propuesta, guiados por el principio de que no quieren violencia entre indígenas, fue cederles la mitad del predio. Tampoco aceptaron.

Destruir al neozapatismo

Las preguntas se agolpan en los corazones. ¿Qué buscan?

Si controlan casi todo el predio menos las 8 hectáreas donde están las bases de apoyo, ¿porqué insisten en hostigarlas cuando no representan una amenaza para sus cultivos? ¿Hay alguien detrás de los invasores?

“En realidad ni necesitan la tierra porque tienen predios en otros lugares”, aseguran varias voces. Buscan acaparar más tierras, pero no sólo es eso. “Buscan la violencia manipulados por el gobierno. Lo que les molesta es nuestra resistencia, nuestra autonomía y rebeldía, que luchemos por la vida y no por intereses individuales”.

Entre los invasores se respira un odio difícil de comprender y de explicar. “Nos da mucha rabia”, dicen las bases de apoyo, porque los invasores son amigos, vecinos y familiares, primos y hasta hermanos, ex zapatistas que echaron bala durante el alzamiento de 1994. Un odio que no puede explicarse sólo por el deseo de bienes materiales. Hay un algo más que puede nombrarse como programas sociales del gobierno, y ahora como Sembrando Vida.

El propio nombre del programa del gobierno de Andrés Manuel López Obrador es un despojo de los modos como nombramos la lucha los anticapitalistas. Es lo que hace el capitalismo desde que se enfrenta a pueblos que luchan por la vida. Pero este programa tiene algunas perversiones que superan a los de gobiernos anteriores.

Los recursos no van al ejido sino a las personas, se individualizaron como forma de dividir a las comunidades y a la sociedad, de permitir una mayor penetración del capital en todos los rincones de la sociedad. Como sabemos, comunidad y capital son antagónicos, al punto que éste necesita destruir los lazos y los bienes comunes para seguir acumulando. Ese es el papel de Sembrando Vida.

Para recibir los 4.500 pesos mensuales del programa, cada destinatario debe poseer 2,5 hectáreas de tierra.

- Pero no tenemos nada, la familia nunca tuvo tierra.
- Ahí están las tierras de los zapatistas, tómenlas.

Este diálogo no tan imaginario entre comuneros y

funcionarios estatales en Chiapas, resume el modo como los de arriba sugieren a los campesinos que se conviertan en combatientes contra las bases de apoyo.

Detrás de este escenario estatal, parecen otras instancias, como Orcao (Organización Regional de Cafeticultores de Ocosingo), cercana al zapatismo en su momento, y Comach (Organizaciones por el Medio Ambiente para un Chiapas Mejor), que promueven la destrucción de todo aquello que construye el EZLN, secuestrando y asesinando bases de apoyo y autoridades autónomas.

Esto explica en buena medida el odio, la “envidia” como dicen las bases de Nuevo Poblado San Gregorio. El EZLN es un obstáculo, un impedimento material y simbólico para recibir los programas del gobierno.

Antes era parcialmente diferente. Las familias que querían recibir programas oficiales debían dejar la escuela autónoma para acudir a la del gobierno; debían dejar el EZLN para recibir ayudas en dinero, alimentos o chapas y bloques para las viviendas. Si no se salían, no recibían nada.

Ahora es mucho peor. Para recibir algo, deben pelear contra las bases de apoyo, invadirles sus tierras, destruir lo que han construido. Volverse sus enemigos. Antes podían retirarse y mantener cierta neutralidad, aunque sus vidas se destrozaban al no cultivar la tierra y dedicarse a las borracheras. Ahora no existe neutralidad posible. Este es uno de los motivos principales de la guerra en Chiapas.

Si tienen que luchar contra el zapatismo, pueden aliarse con cualquiera que utilice la violencia, desde Orcao hasta el crimen organizado, estructuras que cada vez tienen mayor cercanía en sus modos y sintonía en sus objetivos. Ya no hay diferencia entre las “organizaciones sociales” que utilizan la violencia contra los pueblos, y la del narco y los paramilitares. Del mismo modo que ya no hay diferencia entre Morena y el PRI, en su cultura política y en su deseo de perpetuarse en el poder.

La dignidad no depende de la cantidad

“Cuando nos chingaron los colectivos, creamos otros nuevos”. El colectivo de carpintería elabora sillas, mesas, vasijas y otros objetos con herramientas manuales y eléctricas. Otros colectivos hacen bordados y alfarería, cuentan con una tiendita que vende a los visitantes o envían a las ciudades. Ahora empezaron a hacer piezas con bambú. Siempre buscan y crean a pesar de las dificultades.

“No nos sentimos poquitos. Nuestra alegría viene del arte que estamos haciendo, que llega más lejos que las balas, porque esto que ven fue llevado a Europa. Seguimos haciendo figuras, creando vida y no muerte”. El compa habla pausado, avanza como el caracol.

Relatan que existen amenazas similares en otros poblados agrupados en el Caracol 10, como viene sucediendo en Moisés y Gandhi. “Los trabajos comunes son la única alternativa, son una nueva forma de poder vivir”. La reflexión va más lejos, por el mismo camino. “No me preocupo ya por lo que nos quitaron, sino por seguir con lo que tenemos”.

Una filosofía de la vida que tiene rasgos profundamente espirituales, que no gira en torno a los bienes materiales porque coloca a los seres vivos, humanos y no humanos, en el centro. “Somos guardianes de la tierra, no sus dueños. Ella nos va a adueñar, porque así somos, nadie es eterno. La tierra nos cuida y nos protege”.

Después de la comida, que nos sirven con esmero y cocinan con dedicación, llega el momento de la despedida que, como siempre, se alarga estirando la separación. Apenas nos ponemos en marcha, una mujer pequeña y pobre nos insulta y un chico corre, machete en mano, para avisar que nos corten el paso, como suelen hacer para impedir más visitas.

Nos salvamos por poco de ese odio pegajoso y cruel, que deja en el alma una sensación de rabia y tristeza por la condición humana. Aventamos el deseo de venganza con la frase de despedida de las bases de apoyo: “No luchamos para matar”.

Padre Marcelo: “La tierra gime dolores de parto”

(septiembre)

“**E**stamos viviendo algo similar a los tiempos de Jesús. Los romanos no tenían piedad. El narco no tiene piedad”, sentencia el padre Marcelo Pérez, sentado en el comedor de la parroquia Nuestra Señora de Guadalupe, en San Cristóbal de las Casas.

La iglesia se levanta en lo alto de un montículo al que se llega resoplando por los 79 escalones cuesta arriba. La recompensa es una vista panorámica estupenda, de montañas arboladas sobre la ciudad blanca colonial. En medio, como articulando el manto natural y las piedras urbanas, la iglesia rodeada de una plaza enjardinada donde encontramos al padre Marcelo, siempre rodeado de personas que lo consultan y le piden consejo.

Marcelo se formó en la diócesis de Tuxtla Gutiérrez, a la que define como “muy conservadora”, pero fue enviado a Chenalhó en 2001 donde su vida pegó un vuelco. “Acteal me dio la luz”, dice con firmeza. La masacre de Acteal, el 22 de diciembre de 1997, con su saldo de 45 tsotsiles asesinados mientras estaban orando a manos de paramilitares formados para combatir al EZLN, sigue teniendo una brutal presencia en el municipio y en toda Chiapas.

“Tenía miedo pero pude ver que en Acteal las personas son libre. Soy pastor pero las ovejas son muy calientes. Me uní con ellas para denunciar la impunidad y para luchar contra el proyecto Ciudades Rurales del gobierno de Juan Sabines”, sigue el padre, en un relato que lo va llevando desde los años de formación al compromiso con su pueblo.

Rechaza estar inspirado por la Teología de la Liberación y recita los cuatro pilares de su pensamiento y modo de hacer: la realidad que afrontamos, la palabra de dios ante ella, la posición de la iglesia y los compromisos que se deben asumir. “Hablar

de teología de la liberación es meterte en conflictos”, asegura de forma pragmática.

Luego vuelve a su tema: “Acteal me convirtió”. El dolor que nace cuando escucha a los sobrevivientes, a María, a Zenaida, a mujeres y varones que perdieron a toda su familia. “Cómo decirles que dios los ama”, exclama el padre. Por eso no se inspira en la palabra bíblica, en la teoría que nace del texto sagrado, sino que toma otro rumbo, “llorar con los que lloran, sufrir con los que sufren” y, sobre todo, “caminar con ellos”.

El camino no es cambiar de partidos

Las palabras van rodando sobre la mesa tendida con un almuerzo sencillo. Nos envuelve su entusiasmo y la sinceridad de su dolor. “Los sobrevivientes saben leer, ahí está la luz”. Imposible no olvidar palabras muy similares pronunciadas décadas atrás por el asesinado monseñor Oscar Romero, que se expresó de manera muy similar al padre de Chenalhó: “La sangre de Rutilio Grande me convirtió”, dijo en referencia al mártir del movimiento campesino salvadoreño.

La conversión del padre Marcelo lo llevó a caminar con el pueblo campesino. No sólo acompañó a las víctimas sino que denunció a los autores materiales e intelectuales de la violencia, lo que provocó persecución por parte del gobierno de Chiapas. “En 2008 le metieron fuego a la casa parroquial, luego dañaron las bujías y las llantas de mi coche, y el 12 de diciembre de 2010 dos jóvenes me golpearon en la calle”, relata con calma.

Estuvo cerca de la muerte cuando conectaron un cable con el tanque de gasolina del vehículo, lo que hizo que aceptara su traslado a Simojovel, donde llegó un 5 de agosto de 2011. “Empezó a venir gente a contar sus dolores, las muertes. Ahí descubrí que los delincuentes tienen acuerdos con las autoridades y las denuncias provocaron amenazas”.

El 8 de marzo organizó una peregrinación de mujeres contra la venta de drogas que se hacía al lado de la presidencia

municipal. Lo acusaron de guerrillero y hasta de zapatista, pusieron precio a su vida hasta que en 2014 el municipio y el PRI intentaron movilizar a la población en su contra, con muy poco seguimiento popular.

Un punto de inflexión fue la peregrinación de 15 mil personas en octubre denunciando a la familia Gómez Domínguez, que entró en escena a través de sicarios que realizaron atentados y una campaña mediática contra el padre Marcelo, que los llevó ofrecer un millón de pesos por la cabeza del sacerdote de Simojovel (<https://bit.ly/3DIAWbp>).

En el citado comunicado Pueblo Creyente concluye que los cambios no vienen de un partido “sino de la sociedad civil, los pueblos originarios, la clase pobre y mediana”, y denuncia que Chiapas “se aproxima a un estallido social”.

Su forma de acción es la convocatoria de peregrinaciones, a las que asistieron decenas de miles de creyentes, y las denuncias contra autoridades y políticos. Consiguió que los Gómez Domínguez no ganaran las elecciones municipales pero fue demandado por difamación ante la PGR, aunque reconoce que “el camino no es cambiar de partidos”.

En los años siguientes se sucedieron plantones de la población y asesinatos del crimen organizado, siempre protegido por las autoridades. “El 12 de diciembre de 2017 tuve la misa más triste de mi vida, por la muerte por frío y hambre de dos ancianos”. Sigue el desplazamiento forzado de comunidades enteras, más violencia y muertes, bombas y disparos. Pero la población siguió resistiendo.

En mayo de 2017 se crea el Movimiento Indígena del Pueblo Creyente Zoque en Defensa de la Vida y el Territorio (ZODEVITE) y en junio se realiza una masiva peregrinación hacia Tuxtla Gutiérrez contra las concesiones mineras y de hidrocarburos, ya que el gobierno mexicano pretendía concesionar a empresas extranjeras más de 80 mil hectáreas afectando a más de 40 ejidos y comunidades.

La movilización fue una nueva derrota de los planes de

arriba, pero la violencia continúa. Para 2021 se registraban en Pantelhó más de 200 muertes por el crimen estatal-organizado, en un municipio de apenas 8.600 habitantes en los Altos de Chiapas.

El 3 de julio fue asesinado Mario Santiz López. El 5 de julio de 2021 caía asesinado Simón Pedro Pérez López, catequista y expresidente de la directiva de la Sociedad Civil Las Abejas de Acteal, que promovía la no violencia, por el delito de acompañar a las comunidades tsotsiles de Pantelhó. En el velatorio Marcelo acusó al “narco-ayuntamiento”, o sea a la alianza entre el Estado y el crimen organizado.

Aunque le pidió a las comunidades que “no caigan en la tentación de la venganza”, el 10 de julio salió un comunicado del grupo armado “El Machete” creado por las comunidades como autodefensa ante la violencia. El 26 de julio de 2021 miles de personas encapuchadas tomaron la cabecera municipal, 19 hombres fueron enseñados en la plaza central con las manos esposadas por tener vínculos con el crimen organizado.

Aunque fue una acción colectiva comunitaria (un estallido de abajo), que al parecer no fue convocado por El Machete, la Fiscalía General de Chiapas emitió una orden de aprehensión contra el padre Marcelo por la desaparición de 19 personas en Pantelhó. No les importó que el sacerdote estuviera ese día en otro lugar, en Simojovel, que siempre llamara a la paz y que llegara el día después para calmar los ánimos.

Es la vida del pueblo, no la mía

La orden de aprehensión sigue vigente. En octubre fue trasladado a la iglesia de la Guadalupe, donde ahora explica quiénes están provocando violencia y muerte. “Las autoridades son cómplices del narco. Han buscado la forma de callarnos, a través de amenazas de muerte y de difamación en redes sociales. Se siente miedo, pero eso no me detiene”.

En su análisis de la situación, este indígena tsotsil que lleva 20 años como sacerdote en Chiapas, sostiene que no es posible frenar la violencia porque los policías son sicarios, porque “tenemos un narco-Estado”. Está convencido que la violencia se va a agravar y que después vendrá cierta calma, pero a costa de mucha sangre. “Ojalá sea la sangre de sacerdotes y obispos, y no del pueblo”.

Sostiene que estamos en medio de la tormenta, que no se soluciona con más tormenta sino buscando otros caminos. Desconfía de los poderes y de los poderosos: “Si me matan a mí es un escándalo, pero si matan a un campesinos no pasa nada. Si ayuda dar mi vida, aquí estoy”, concluye.

Antes de despedirnos apela a una frase bíblica, asegurando que los dolores que atravesamos son “los gemidos del parto”. Coloca sus principios y valores por delante de su propia vida: “No acepto guardaespaldas. Va en contra del Evangelio que alguien muera para que yo viva. No es mi vida sino la del pueblo”. En el anca del saludo final, se confiesa: “No confío en la policía”.

Frente de Pueblos de Morelos: La Termoeléctrica no va a funcionar

(septiembre)

La ronda se va armando alrededor de la mesa y las mujeres toman la iniciativa. Nos reciben integrantes del Frente de pueblos en defensa de la tierra y del agua Morelos, Puebla, Tlaxcala (FPDTA) que vienen resistiendo al Proyecto Integral Morelos (PIM) y a la instalación de la termoeléctrica de Huexca a la que se opuso Samir Flores (<https://bit.ly/3CmnBnR>).

Desde su asesinato y el aumento de la violencia en la región, abundan el miedo y la desorganización pero, sobre todo, una sensación pegajosa de confusión se ha apoderado de muchas personas que se habían movilizado contra los proyectos desarrollistas del gobierno y el capital. No es momento de alegrías ni de avances, sino de reflexiones y de recomponer fuerzas.

“Antes había futuro”, retumba una voz seca y serena. Antes, sigue, la lucha generaba esperanzas pero ahora domina la confusión. Intentando disipar la neblina, otra voz asegura que “Morelos se ha reconfigurado, al punto que el narco es contrainsurgencia”. Sin rodeos dicen que el narcotráfico es sistémico, que trabaja con y para ese complejo que podemos nombrar como capitalismo+ acumulación por la violencia+mal gobierno.

“En Amilcingo tienen todo el control desde el asesinato de Samir. Incluso gentes que estaban en la lucha, ahora están con el narco”. En modo alguno puede interpretarse como una queja, sino como el deseo profundo, desde el hondo dolor por la vida, de mirar la realidad de frente, sin la menor concesión, para afrontar una situación más que adversa.

“El narco controla el territorio y amenaza a la gente para que no vayan a las asambleas. Como la 4T no puede reprimir,

apoya al narco que hace el trabajo sucio. Esa es la estrategia del gobierno. Pero el narco crece desde abajo, atrapa a los jóvenes que se endeudan por consumir o que quieren una vida más fácil sin tener que trabajar”. Las palabras suenan como mazazos, golpean duro y con precisión. “Hoy el narco ofrece tranquilidad, por eso le gente lo defiende”.

Una voz de mujer apunta que no se debe hablar de narco sino de crimen organizado. Si el narco trafica con drogas, el crimen lo hace con cualquier cosa: desde aguacates hasta la propia vida. “El crimen organizado es incluso peor que el narco”, atiza la voz femenina.

“No nos queda otro camino que trabajar con los chavitos, poner atención en nuestros hijos como nos dijo Samir. Enseñarles otras formas, valores, respeto, cuidados con la tierra y las personas”. Las voces se van turnando, dibujando en el aire una espiral o un caracol que va caminando hacia lo más profundo, hacia los corazones colectivos.

Un varón mayor reflexiona: “El capitalismo es crimen organizado. El asunto es cómo le hacemos para que los chavitos cuiden el agua, la vida, que cuiden de sus amigos”. La pregunta en realidad dice: ¿cómo sobrevivir en esta situación tan difícil, cuando todo juega en contra?

El silencio abraza la mesa, como diciendo que no hay respuesta pero que en algún momento la vamos a ir tanteando, encontrando en el caminar colectivo.

Nos queda el amor a la madre tierra y a la vida

El más joven del grupo explica su drama personal: “Estoy vendiendo pan a cuatro pesos. El crimen me dice que lo venda a seis y que dos son para ellos. Además me venden los insumos, y si no los compro...”. No es necesario agregar nada más, y el silencio vuelve a magullar el optimismo y la mirada esperanzada hacia adelante.

Una mujer que participa en el Frente de Pueblos desde el inicio, ensaya una explicación similar a la que hicieron las bases

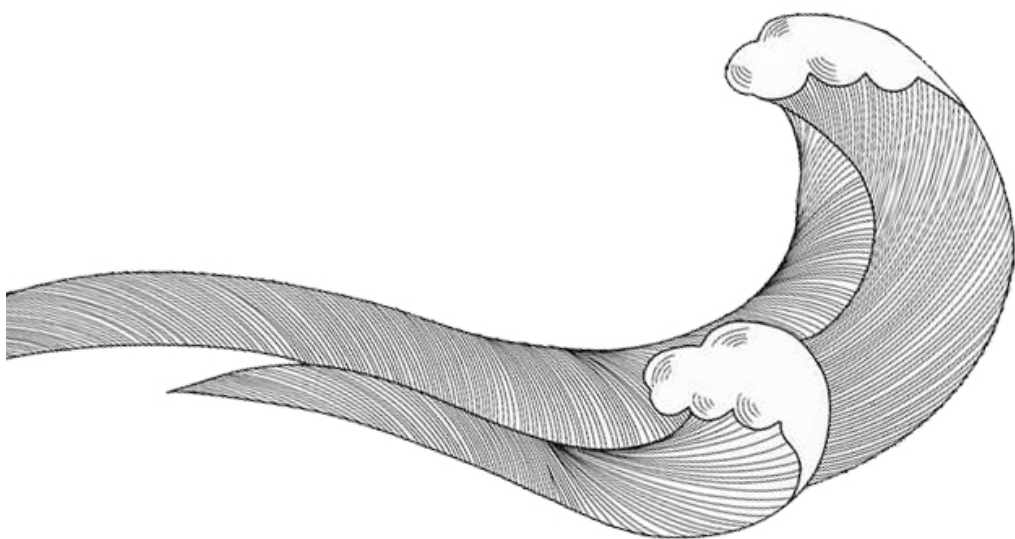
de apoyo zapatistas en Nuevo San Gregorio: “Ahora es más difícil ver al enemigo. La lucha no puede ser igual a como era hace apenas cinco años, porque hubo un cambio drástico. Ahora hay una insurgencia interna”, sentencia.

La ronda sigue atenta entre platos que van y vienen. Va ganando la idea de que no todo puede centrarse en la lucha contra un gobierno o contra un megaproyecto como la termoeléctrica del PIM. La idea de que los cambios vendrán en el largo plazo, se afianza cuando alguien adelanta: “No imagino el final de esta guerra, serán otros los que lo vean”.

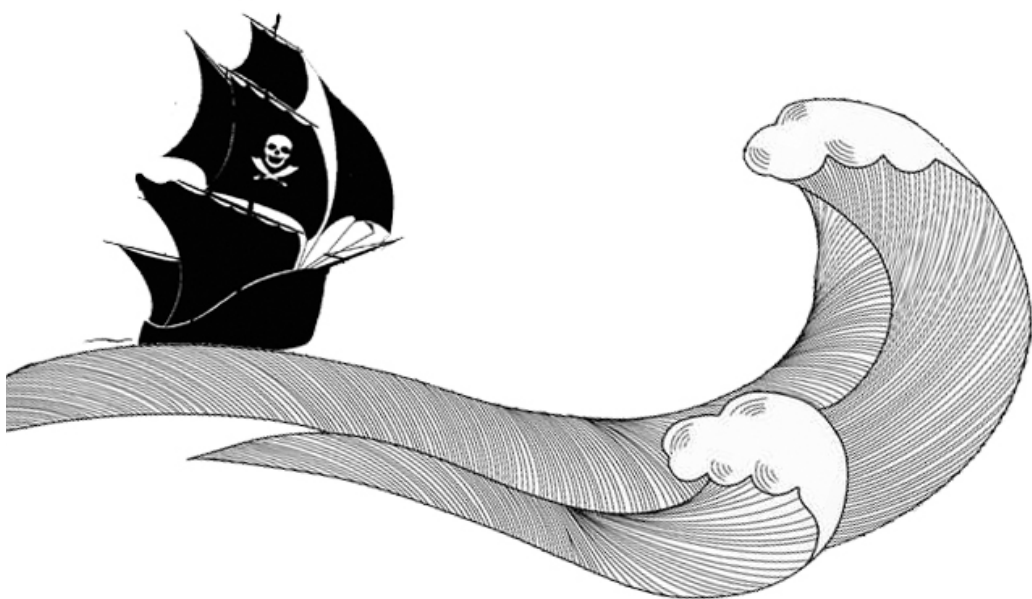
Las voces de mujeres arriman brasas de esperanza en el clima helado de las incertidumbres. “Estamos en un momento bajo, pero estamos. La gente no se rindió aunque hoy somos más manejables por la necesidad que existe. El amor a la madre tierra siempre va a estar y ese amor nos alimenta el alma”.

“El PIM no va a funcionar”, aseguran en la ronda. Luego se comprende que no es sólo un deseo, sino la experiencia acumulada por las comunidades en una larga década de resistencias. En estos diez años desde que se inició el PIM, fueron capaces de frenar el proyecto impuesto por los sucesivos gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y del Partido Acción Nacional (PAN). Pasaron por encima de la represión y el encarcelamiento. Pero no imaginaron ni las traiciones de arriba, ni las deserciones de sus compas, ni los nuevos modos de una contrainsurgencia que se afina entre sus vecinos.

Razonan que el proyecto se ha demorado por las resistencias de los pueblos y que hubo cambios en el precio del gas que están haciendo menos atractiva la puesta en marcha de la termoeléctrica de Huexca. Si seguimos huyendo de la dualidad triunfo-derrota y miramos los tiempos largos de los pueblos, podemos entender que la resistencia está dando sus frutos, que la deslegitimación del capitalismo crece y, sobre todo, que la persistencia de los pueblos nos llena de esperanzas y de optimismo.



Brasil



Territorio guaraní mbya: resistencia y mundo nuevo⁶

(septiembre)

Dejar la ciudad es un alivio. Luego de dos horas caracoleando en un remolino de coches y autobuses, semáforos y comercios, cemento y asfalto, van apareciendo los tonos de verdes, praderas y bosques que nos invitan a seguir transitando por caminos de tierra. Sao Paulo quedó atrás, con su ajetreo trepidante, para dar lugar al silencio que sólo quiebra el canto de las aves y el murmullo de los arroyos.

Sólo dos horas, que parecen siglos, separan la mayor ciudad sudamericana y el territorio indígena Tenondé Porã, habitado por casi dos mil guaraní mbya que se despliegan por la Mata Atlántica o bosque atlántico, uno de los biomas más amenazados del planeta, pero que aún alberga una de las mayores biodiversidades.

La Mata cubría extensas superficies, desde el litoral brasileño hasta Misiones en Argentina y el este de Paraguay, abarcando incluso la meseta brasileña. De las 130 millones de hectáreas que tuvo, ahora se conserva apenas el 7% del territorio original, en gran medida por el empeño de los pueblos originarios que siguen defendiendo el bosque, su vida.

De la devastación que se extendió por cinco siglos, se salvaron apenas 25 mil guaraníes mbya que pueblan seis estados de Brasil y 232 comunidades. Los no indígenas, a los que aluden como “cabelo na boca”, los persiguieron con saña y estuvieron cerca de exterminarlos. Sobrevivieron huyendo y escondiéndose en bosques inaccesibles, pero cada vez que podían regresaban a las aldeas (*tekoa* en guaraní).

El bosque nos va llevando hacia la aldea principal, Tenondé

6.- Agradezco a Lucas Keese y a la aldea Kalipety por su generosidad y acompañamiento.

Porã, que lleva el mismo nombre del territorio y fue el territorio originario de las diversas aldeas actuales. Es el único espacio donde se observan construcciones grandes, de cemento, entre las que destacan la escuela y la clínica de salud.

Seguimos de largo por un camino irregular, salpicado de baches y pozos, que bordea praderas y bosques hasta llegar, en un recodo del camino, a nuestro destino: la aldea Kalipety. Primera sorpresa: no tiene un centro, como en los pueblos de los blancos, sino que las construcciones se adaptan al terreno sinuoso y ondulado. Lo que podría ser el “centro”, algo que en la cosmovisión guaraní mbya no debe existir, es una casa particular donde se arremolinan niñas y niños jugando sobre la tierra húmeda.

Pese al frío de un invierno muy duro y extenso, casi todas las personas van descalzas, pisando con sus pies la tierra, algo que tiene un sentido mucho más profundo del que puedo comprender. Tjago, una *liderança* joven, toma la delantera sin decir palabra. Vamos recorriendo un sendero que surca entre viviendas de madera y árboles enormes.

Casa de Reza

Llegamos en silencio a una casa enorme, diferente a las demás, en un claro del bosque. Al traspasar la puerta, silencio y oscuridad, hasta que los ojos se acostumbran. La decena de personas que entramos, mitad guaraníes y mitad visitantes, nos sentamos en sillas dispuestas de modo circular. Tjago empieza a hablar, lento, pausado, hilvanando palabras como un collar.

“No somos superiores a otros seres”. Las palabras gotean. Nombra “resistencia” y “lucha”; las características de la educación que imparten los docentes de las aldeas y asegura que la espiritualidad es necesaria para “recuperar el equilibrio”. Nadie lo interrumpe. No hay preguntas. Sólo escucha en silencio.

“Estamos aquí gracias al protagonismo de las mujeres”, aunque utiliza la palabra *mulherada*, más fuerte y potente en portugués, ya que alude a una masa femenina compacta. Aclara que “no es el feminismo occidental”, y deja las palabras en el aire. Pasa a otro tema, en el que se alarga.

“El mundo indígena está medio perdido. La tecnología del no indígena es muy fuerte. Muchos jóvenes guaraníes miran la tecnología, quieren aparecer en facebook”, sentencia este joven que pertenece a una nueva camada de líderes comunitarios. “El mundo está oscuro”, confiesa, y se hace un largo silencio.

Le sigue Priscilla, una mujer joven que forma parte de la coordinadora de líderes de las 14 aldeas de Tenondé Porã. “Me emociona hablar porque nuestra lucha

no fue fácil. Las tierras que ahora tenemos se consiguieron con mucho dolor. No sabíamos cultivar, pero eso lo estamos recuperando”. Habla muy rápido, pero hace una pausa antes de soltar: “En 2013 cortamos la carretera, era la primera vez y teníamos miedo”.

Relata que para preparar el corte de la autopista Bandeirantes, rezaron y cantaron durante días y noches, pero además pidieron ayuda al Movimiento Passe Livre (MPL), una organización juvenil, autónoma y horizontal, que lucha contra los altos precios del transporte y fue clave para disparar las enormes manifestaciones de Junio de 2013. Sus militantes les enseñaron cómo hacer el corte, incluyendo la quema de neumáticos.

Después de la reunión almorzamos en comunidad. Apenas se escuchan susurros. Luego, un largo tiempo sin hacer nada... Perdón!! Haciendo cosas no productivistas, como descansar, fumar, caminar o reposar en las hamacas mirando el bosque desde abajo, una perspectiva maravillosa. Hasta el atardecer, cuando la comunidad se encamina a la Casa de Reza.

“Ka’aru ju” (buenas tardes), dice cada persona que ingresa a la casa. Las mujeres y sus hijos se sientan sobre colchones que rodean el fogón que empieza a arder, disipando el frío. Los varones más jóvenes se juntan en el rincón opuesto, separados

por una humareda espesa, haciendo sonar sus instrumentos. “Estoy feliz de que nos visiten”, se escucha una voz serena, casi inaudible.

Los diálogos mencionan la importancia de la educación y la salud propias, dicen que “antes sólo hablaban los caciques” y que ahora “hay más diálogo”. Brota un silencio más profundo aún, quebrado por una voz: “Nuestro territorio es sagrado”.

En cierto momento, sin aviso previo, comienza a sonar una canción. Todos la siguen, incluso las niñas y niños. El espacio es amplio pero está todo ocupado. A un lado, los que tocan instrumentos. En el centro, una doble fila de varones y mujeres danzan rítmicamente, repitiendo siempre los mismos movimientos. Cerca de las puertas, en el otro extremo, el fogón rodeado de mujeres que arman las enormes pipas (*cachimbo*, *en guaraní mbya es petỹgua*) rituales, y las van pasando a los varones, aunque ellas también fuman.

Sólo los he visto fumar en la Casa de Reza, aunque es posible que lo hagan en otros espacio-tiempos. Delante de todos, un niño con el torso desnudo. Un sabedor guaraní se le acerca, le prodiga pequeños toques como masajes suaves, y le acerca el calor del *cachimbo* a algunas partes del cuerpo. Imposible no recordar la *moxa* que aplican los acupuntores. En cierto momento, comienza a circular una bebida que consumen en pocas cantidades, lentamente, como un ritual. Declino la ayaguasca, por el estúpido temor a perder el control...

El mundo nuevo

En 2012 había sólo dos aldeas: Tenondé Porã y Krukutu, que no superaban las 50 hectáreas, donde vivían hacinados según los patrones culturales guaraní mbya. Ahora son 16 mil hectáreas con 14 aldeas, reconocidas legalmente desde 2016. Cómo hicieron, cómo fue el proceso, es la pregunta evidente. “Retomada”, es la respuesta. Que traducimos como “recuperación” de sus tierras ancestrales.

La primera aldea nueva es en la que estamos, Kalipety, formada en 2013, y la última Kuaray Oua, en 2021. El proceso comienza con los relatos de Priscilla y Tjago, pero va mucho más allá. Las mujeres y los jóvenes empujaron las retomadas. Pero no es ninguna casualidad que hayan comenzado en 2013, cuando Brasil fue sacudido por las mayores movilizaciones de su historia. Ahí es cuando conectan con el MPL para el corte de la autopista.

Lo demás fue llegando de a poco. “Ya no tenemos caciques”, dice Tjago. De las 14 aldeas, 11 decidieron prescindir de esa figura colonial y patriarcal. Construyeron un Consejo de Dirigentes (lideranças) con 22 integrantes, de las cuales 12 son mujeres. “Estudiamos los procesos de América Latina, sobre todo el zapatismo, y nos inclinamos por la autonomía”. “No necesitamos caciques”, agrega Priscilla, “sino liderazgos colectivos”.

En el área educativa, optaron por la descentralización. Antes las niñas y niños acudían a la escuela levantada por el Estado en Tenondé Porã. Ahora decidieron que son los docentes los que deben moverse. Un profesor joven explica: “Antes debían estar sentados entre cuatro paredes, no podían jugar, ni saltar, nos obligaban a estudiar inglés y portugués, pero desde hace tres años ya vamos teniendo otra educación, en acuerdo con las familias”.

Las educadoras recorren las comunidades, forman círculos debajo de los árboles y enseñan “en base a la experiencia de vida, respetando los valores de nuestros mayores, de nuestra cultura”. Sigue Lucas, el compa antropólogo que se quedó a vivir en Kalipety, con su pareja y su hija: “Se aprende en las prácticas, concentrándose, dialogando, escuchando a los animales y a la tierra”.

“Alfabetizar en nuestra lengua es descolonizar”, agrega una voz. A continuación, Lucas explica que la vida comunitaria gira en torno a la “generosidad (*mborayvu boravû*)”, que diferencia de reciprocidad porque “consiste en dar sin esperar retorno y representa la abundancia”.

Luego explican los avances en la producción, desde las artesanías hasta la multiplicación y recuperación de cultivos. Con datos de 2019 aseguran que cosecharon 13 toneladas de mandioca y casi 3 de maíz, además de cantidades variables de *batata doce* (camote), frijol, calabaza, maní y piña, destacando que sólo de camote cultivan 50 variedades, más nueve de “maíz verdadero”.

Están recuperando áreas degradadas por siglos de devastación y diversifican los cultivos que siempre son para el consumo propio. En diez aldeas ya cuentan con sistemas propios de captación de agua, que en general toman de las nacientes y les aplican un filtrado ecológico.

“Nada de esto se hubiera conseguido sin la recuperación de las tierras”, insiste Tjago. “Porque los derechos son una excepción. Se trata de depender cada vez menos de los recursos externos. La energía del corte de ruta está viva hasta hoy. Junio de 2013 está vivo”, remata.

De noche, antes de retirarnos a dormir a las cabañas, los jóvenes sacan los celulares y los revisan con un ritmo frenético. “No sabía que tenían internet en la aldea”, digo algo molesto porque dejé el mío en la cabaña de los visitantes, bastante lejana. Tjago se ríe. “Tenemos pero lo controla la comunidad. Se permite sólo dos horas diarias durante la noche, es una forma de protegernos del afuera”, dice con total naturalidad.

Nos miramos sonriendo. Sin duda, se trata de la espiritualidad guaraní, de ese tremendo esfuerzo colectivo para mantener los equilibrios, para seguir siendo pueblos vivos en un medio vivo y sano. No tiene nada que ver con la religión, y todo con la vida que, quizá, consiga contagiarnos.

Rio Resiste I: La Escuela Quilombista en Alemão

(junio)

“**D**escubrí el colonialismo en esta escuela”, sonríe Paloma, de poco más de 20 años, explicando que su participación en los talleres de la Escola Quilombista Dandara de Palmares fue un punto de inflexión en su vida. Tiempo después se incorporó como docente voluntaria en la alfabetización de niños y niñas de 8 a 10 años que en la escuela estatal ni siquiera aprenden a leer.

La escuelita fue creada unos cuatro años atrás, por jóvenes que habían participado en Ocupa Alemão, un movimiento de resistencia a la militarización de la favela que nació en 2012, luego de una larga ocupación que, con la excusa del narcotráfico, pretendió intimidar a una población rebelde.

Dandara fue una guerrera negra, esposa de Zumbí, líder del Quilombo de Palmares creado por esclavos que huían de las plantaciones en el siglo XVII, en el Nordeste de lo que hoy es Brasil y era colonia portuguesa en la época. Dandara fue hecha prisionera y se lanzó al abismo desde una cantera para no volver a vivir como esclava, mientras el quilombo, que resistió casi un siglo, fue derrotado después de 18 expediciones coloniales.

Recuperar la historia para seguir resistiendo

El Complejo de Alemão en el norte del municipio de Rio de Janeiro, alberga más de 70 mil personas en 16 favelas, siendo el barrio más pobre de la ciudad. En una de las calles más amplias de la zona, se encuentra el local de lo que denominan como “escuela comunitaria”, que recibe niños y niñas de 5 a 12

años, ofreciendo diversas actividades de apoyo afectivo, social y pedagógico.

Nos reciben Paloma, una vecina de muchos años en el barrio de nombre Zilda y Leo, al que conocía de visitas anteriores. Al relatar la breve historia de la escuelita, insiste en que se trata de “una organización autónoma gestionada por vecinos y vecinas de las favelas que no recibe ninguna ayuda, ni gubernamental ni privada”.

Más que enseñar en el sentido tradicional, pretenden que los niños y niñas desarrollen su potencial y con ellos retroalimenten su territorio y la comunidad. Leo relata que antes de la pandemia la escuela funcionó en otros espacios, pero ahora lo hace en la parte delantera de la casa donde vive con su compañera Deisi, que también es docente en la *escola quilombista*.

Cuentan con una sala y dos habitaciones donde imparten talleres de música y arte, más baño y cocina. Y una enorme azotea donde realizan las actividades al aire libre. Ahora asisten unas quince *crianças*, pero antes de la pandemia llegaban a 45. Son muchos y diversos los talleres que funcionan varios días a la semana: capoeira, música, danza, artes, yoga, trenzas, apoyo escolar, audiovisual, teatro y matemáticas. Nadie recibe salario, toda la actividad es voluntaria y la escuela se mantiene con el apoyo y las colectas de madres y padres de quienes asisten.

La escuela tuvo mucha visibilidad durante la pandemia, porque en la favela había hambre y se dedicaron a distribuir cestas a las familias, siempre en base a la solidaridad dentro del barrio. “No hacemos caridad sino apoyo comunitario”, dijo Leonardo en ese momento al periódico *Voz das Comunidades*, del Movimiento de Comunidades Populares.

Ensayan formas de trabajo adecuadas a la cultura negra y recuperan los versos del poeta Nelson Maca: “Encare sus problema y dance. Enfrente sus angustias y dance”. Poniendo el cuerpo en movimiento, van apareciendo las opresiones y las potencias liberadoras, sostienen en la escuela.

Paloma, por ejemplo, no alfabetiza en base al método de la educación popular de Paulo Freire, sino con dinámicas de juego e interacción entre niños y niñas, que muchas veces la lleva a improvisar, experimentar y buscar nuevos modos de hacer. No hay una pedagogía preestablecida, sino que se orientan en base a la recuperación de la autoestima de un pueblo avasallado, que necesita recuperarla para seguir existiendo.

Creaciones colectivas

En algún momento las palabras van girando hacia un tema sensible: las personas negras que se alisan los cabellos, para ser parecidas al modelo blanco. En este punto interviene Zilda: “Fui la primera mujer en la favela en hacerme las trenzas, pero ahora ya son muchas las que tienen”. Leo y Paloma también se lo alisaban, pero ahora lucen sus cabellos naturales. Leo recuerda que en una ocasión se le quemó parte de la piel y hasta una oreja por los ácidos que se utilizan.

Cuando afinamos las fechas en las que pasaron del alisado al pelo rizado o las trenzas, las cosas van tomando otro cariz. Algo sucedió hacia 2012 y 2013 que modificó la relación de la población negra consigo misma. En 2012 fue la reacción organizada a la ocupación militar de las favelas y en Junio de 2013 las enormes movilizaciones reclamando igualdad bajo el gobierno del Partido de Trabajadores, encabezado por Dilma Rousseff.

Sus referencias políticas son bien claras cuando nos acercamos a la mesa donde exponen libros cuya venta es uno de los ingresos de la escuela comunitaria: Bell Hooks, Audre Lorde y Malcolm X son muy visibles, pero también los brasileños, desde Hamilton Borges del movimiento *Reaja* (Reacciona) hasta el escritor Lima Barreto y la activista Beatriz Nascimento.

La escuela fue una creación comunitaria que estaba apenas

dando sus primeros pasos durante mi anterior visita a Alemão, a fines de 2018 (vientosur.info/palomas-en-el-basural). En aquel momento el intercambio giró en torno al teleférico construido en 2011, desplazando decenas de familias, como parte de las monstruosas obras para albergar los Juegos Olímpicos de 2016.

Pero el teleférico cerró poco después que los últimos atletas dejaran la Villa Olímpica y ahora sólo quedan instalaciones destartaladas y la rabia de una población empobrecida y marginalizada, que contempla cómo se derrochan recursos del Estado para beneficio de las grandes empresas constructoras que, en su momento, apoyaron a Lula y a Dilma con generosos recursos para sus campañas electorales.

Creaciones colectivas como la Escuela Quilombista Dandara de Palmares⁷ se multiplican en las favelas, en particular en la última década, cuando comenzó a visibilizarse la potencia que albergan las comunidades. Para el observador externo, estas creaciones pueden parecer de escasa proyección, pero siempre debe recordarse que la favela es el espacio de la violencia estatal, del tráfico armado, de la represión pura y dura, donde la acción colectiva se enfrenta a enormes dificultades. El asesinato de Marielle Franco, en marzo de 2018 por las milicias, es apenas una muestra de ello.

La escuela no es un fin en sí misma, sino parte del actual movimiento de las favelas. Quizá una frase de Malcolm X sea la mejor síntesis de las intenciones de las decenas de personas que participan en la escuela: “La educación es un medio para ayudar a nuestros hijos y a las personas a redescubrir su identidad y, así, a aumentar su auto-respeto. La educación es nuestro pasaporte para el futuro”.

7.- Todas las fotos, y muchas más, se pueden encontrar en la web de la escuela: <https://www.facebook.com/pages/category/Community-Service/Escola-Quilombista-Dandara-de-Palmares-1956425914624411/>

Rio Resiste II: Museo de la Maré

(junio)

La favela de Timbau, la única de las dieciséis que integran la Maré ubicada en un morro (cerro), pasa por ser una de las más tranquilas de la periferia urbana de Rio de Janeiro. La Maré es el mayor conjunto de favelas de la “Ciudad Maravillosa”, con más de 140 mil habitantes según el censo de 2010, pero durante la pandemia y la crisis puede haber registrado un importante aumento de su población.

Sin embargo, en esta visita encontré muchas más armas en la calle que en las anteriores, más modernas incluso (como fusiles de asalto Beretta), marcando siempre la existencia de territorios en disputa, de vidas en peligro. En la zona plana de la favela, cerca de la Avenida Brasil, donde estos años comenzaron a levantarse edificios de hasta cuatro y cinco plantas, se ubica el Museo de la Maré, uno de los espacios más importantes del movimiento popular negro y *favelado*.

El profesor Luis, geógrafo y ex guía del museo, recibe a un grupo de 16 jóvenes y curiosos para hacer un recorrido de una hora dentro de las instalaciones. Es algo completamente diferente a lo que conocemos por museo. Se ubica dentro de una antigua fábrica de transporte marítimo, describe con imágenes y objetos la historia comunitaria de un barrio que creció, literalmente, sobre las aguas.

“Todo lo que ven aquí fue construido en *mutirão*”, dice Luis en referencia a los trabajos colectivos que dieron forma a las favelas que integran la Maré (marea en portugués), ya que el barrio no puede comprenderse sin referencia a las aguas de la bahía de Guanabara sobre las que ha ido creciendo, con enorme esfuerzo ante la ausencia de las instituciones estatales.

El museo fue creado por un grupo de jóvenes que viven en el barrio y son miembros del CEASM (Centro de Estudios y Acciones Solidarias de la Maré), para crear una

auto-representación de la vida en las favelas, fortaleciendo una imagen positiva y la autoestima de sus residentes. Fue inaugurado en 2006 con la presencia del entonces Ministro de Cultura Gilberto Gil.

Cuenta con doce módulos que recuperan la historia, señalizados como “tiempos”. *Tiempo del Agua* es el primero, compuesto de fotos de mediados del siglo xx, que enseñan la construcción colectiva de los espacios, la lucha por el agua potable que cargaban desde lejos, los dolores de la pobreza y el crecimiento exponencial de la ciudad.

Tiempo de la Casa invita a subirse a un palafito donde se reproduce el interior de las viviendas de madera, de apenas un ambiente, con decenas de objetos donados por los habitantes, porque el museo fue creado por ellos y es para ellos, siendo las personas jóvenes las encargadas de cuidarlo.

A continuación se suceden los tiempos de la migración, la resistencia, el trabajo, la fiesta, la feria, la fe, la vida cotidiana y de los niños y niñas. Siempre dominados por los objetos aportados por sus pobladores. Un largo túnel oscuro inicia el *Tiempo del Miedo*, donde la represión, la muerte y la violencia se convierten en la nueva y terrible cotidianeidad de la represión estatal. Finaliza el recorrido con el Tiempo de *Futuro*, cuando el túnel sale hacia la luz del día en el inmenso patio central del museo.

Espacios de vida comunitaria

En este espacio se reúnen estudiantes y jóvenes de las favelas para conocer algo más sobre sus raíces. De la mano de Luis, el docente-guía, llegamos hasta otro galpón donde un centenar de personas conversamos durante un par de horas sobre la realidad de la organización popular en las favelas, un tema que preocupa por la dificultad para resistir en medio de las balas cruzadas de la policía militar, los paramilitares o milicianos y el tráfico.

La propuesta, en palabras de Luis, dice que “el museo no es

un lugar para almacenar objetos o rendir culto al pasado”. Por el contrario, “es un lugar de vida, de conflictos y de diálogo”. Existe un diálogo evidente entre el movimiento social de las favelas y este museo, que se retroalimentan mutuamente.

Porque además de la exposición permanente, el Museo de la Maré realiza investigaciones, desarrolla actividades educativas, seminarios y talleres de producción de material sobre la historia de las favelas. También alberga archivos, una biblioteca y realiza una muestra semanal de cine, actividades en las que participan cientos de jóvenes interesados en recuperar la memoria del pueblo negro. Publican además un periódico, *Jornal O Cidadão*, y cobijan actividades teatrales y debates todas las semanas.

Al disolverse la asamblea, Luis nos invita a su aula en el CEASM, donde estudian por la noche quienes quieren hacer el examen de ingreso a la universidad. Fue creado por graduados universitarios de la Maré, que buscaban democratizar el acceso a la educación, algo casi imposible para las familias si no cuentan con cierto apoyo.

Fue creado a fines de la década de 1990. En la construcción de los edificios del predio, trabajaron estudiantes y docentes en forma de *mutirão*, consiguiendo de ese modo no sólo construir aulas y espacios comunes sino imprimirle un sentido comunitario que aún conserva.

Una de las principales actividades del CEASM es el Curso Preuniversitario o Vestibular, donde cientos se preparan para el examen de ingreso a la universidad que suele dejar por el camino a la inmensa mayoría de la población pobre. En 22 años consiguieron que ingresaran más de 1.500 pobladores de la Maré a las universidades públicas del Estado de Río de Janeiro.

Memorias construidas desde abajo

El aula está abarrotada de jóvenes y jóvenes que oscilan

entre los 18 y los 23 años. No es fácil crear un clima de diálogo y participación. Empezamos cambiando la distribución de las sillas, que estaban alineadas como en la iglesia, colocándolas en círculo luego de un breve debate en el que concluyeron que el formato tradicional es tanto colonial como patriarcal.

Tampoco resulta sencillo destrabar la palabra, cuando existen diferencias tan evidentes en los colores de piel, entre quienes llegamos de fuera y chicos y chicas morenos de la favela. En el debate, que comienza con una pregunta provocadora, aseguran que “en 20 años Brasil estará peor que ahora”, que sus vidas personales “no van a mejorar aunque nos esforcemos” y que la opción por estudiar es más una cuestión de dignidad y autoestima que de los resultados que esperan conseguir.

Si observamos los procesos desde abajo, veremos que desde el CEASM hasta el Museo de la Maré, desde la escuela quilombista de Alemao hasta Roça (un micro emprendimiento productivo colectivo en Timbau), se proponen lo mismo que los estudiantes que quieren ingresar a la universidad: recuperar la autoestima destruida durante siglos por la esclavitud, la represión y el empobrecimiento. Al hacerlo, recuperan modos de trabajar como el *mutirão*, la ayuda mutua que es seña de identidad de los pueblos negros y originarios de este continente.

Lo que se constata, cada vez que retornamos a las favelas, es el crecimiento de la autoestima colectiva que pasa por infinidad de prácticas que muchas veces son invisibles o casi imperceptibles para los ojos de afuera. Casi una década atrás, la primera vez que Timo me invitó a Timbau, al lado del local de la Roça (donde fabrican cervezas artesanales) había una peluquería que alisaba el cabello. Una larga fila se había formado un sábado de noche esperando turno.

Ese comercio cerró hace ya varios años. En su lugar, cabellos de todos los colores lucen trenzas y pelos crespos al viento, enseñando el orgullo de un pueblo que poco a poco va transformando los dolores de la opresión en voluntad de cambio.

Rio Resiste III: Memoria en movimiento

(junio)

Un sábado de junio a las nueve de la mañana, la plaza Largo da Prainha alberga casi 200 personas agrupadas en torno a varios guías del Instituto Pretos Novos, que podría traducirse como “negros nuevos”, en referencia a los esclavos recién llegados a la ciudad que desembarcaban en un muelle muy cercano. Antiguamente había una pequeña playa al pie del Morro de la Concepción en la zona central de Rio.

Un varón bajo y fornido de nombre Ignacio, agrupa en torno suyo a más de 30 personas, la mayoría estudiantes secundarios y universitarios de origen afro. Comienza a explicar que estamos junto a la iglesia de San Francisco construida en 1696. Lentamente el grupo va trepando por callejuelas morro arriba, entre casas coloniales bien conservadas y calles prolijamente empedradas.

La Piedra de la Sal es la primera parada. La enorme piedra —donde los barcos descargaban sal—, está tallada formando una escalera de ascenso al morro. Ignacio explica que esa zona fue bautizada como Pequeña África, ya estaba densamente poblada por negros, había un quilombo urbano y muchos *terreiros* donde los esclavos practicaban *candomblé*.

La religión candomblé de origen africano, es la mas practicada entre la población negra de Brasil, que se despliega en los templos abiertos o *terreiros*, de los cuales existen decenas de miles en Brasil, donde acuden millones de fieles. En la zona de la Piedra de Sal surgieron las primeras sambas de Rio, música y danza que forman parte de la identidad nacional.

El circuito continúa dentro del Morro durante casi dos horas, pasando por los muelles donde desembarcaban los esclavos

(Cai de Valongo), que fue rellenado por las obras urbanas a comienzos del siglo xx. Pero a comienzos del siglo xxi, los muelles fueron excavados y expuestos como patrimonio de la Humanidad.

Un lugar que resulta interesante, por su actualidad, es el espacio conocido como Revuelta de las Vacunas. En 1904 el Estado decidió aplicar la vacuna obligatoria contra la viruela, sin mediar debate público. La revuelta fue protagonizada por la población negra que levantó barricadas, pero la represión fue brutal y se saldó con 30 muertos, 110 heridos y casi 500 fueron deportados al lejano estado de Acre, en la región amazónica.

La recorrida finaliza en el Cementerio de los Pretos Novos, que fue descubierto en 1996. Estaba destinado al entierro de los esclavos que al llegar a Rio y antes de ser vendidos, entre 1772 y 1830, cuando se prohíbe el tráfico de esclavos que en adelante continuará de forma clandestina.

El Circuito Herencia Africana fue creado por Instituto Pretos Novos en 2016, para fortalecer la educación sobre la historia negra entre educadores y estudiantes. El historiador Julio César Medeiros da Silva Pereira destaca que descubrimientos como el cementerio y el redescubrimiento de los muelles de Valongo en 2010, sorprendieron al país. Con ellos comenzaron una serie de investigaciones sobre la historia de millones de esclavos “cuyos brazos fueron usados en todo tipo de trabajos y cuyas espaldas soportaron el peso de la producción cafetera a comienzos del siglo xix”⁸.

Varios grupos de investigadores, en general afrodescendientes, comenzaron a trabajar juntos para explicar y divulgar los aspectos menos conocidos de la esclavitud. El cementerio de los Pretos Novos reveló, en opinión de Medeiros, “el carácter cruel de la esclavitud brasileña”.

En efecto, cuando se llega al Instituto pueden observarse los huesos amontonados encontrados en el cementerio, lo que representa “la prueba material e irrefutable sobre la barbarie

8.- En <https://pretosnovos.com.br/museu-memorial/cemiterio-dos-pretos-novos/>

ocurrida en el período más intenso del tráfico de cautivos africanos”, como señala uno de los folletos.

La historia oficial siempre intentó ocultar o suavizar la barbarie de la esclavitud. Por lo tanto, en adelante “no hay forma de admitir una visión romantizada sobre la esclavitud”. Medeiros sostiene que el cementerio “es la pieza central de este debate, ya que permanece como un memorial de un pasado antes olvidado”. De hecho, se trata del mayor cementerio negro del continente.

El Instituto realiza cursos de historia de África, de la esclavitud y de Brasil. Además realiza decenas de talleres que han venido creciendo: en los últimos diez años más de 400 talleres con casi 20 mil participantes. Según el guía Ignacio, cada año son más de diez mil los que realizan el Circuito de la Herencia Africana. Actividades que forman una onda expansiva de la cultura y la memoria negra que llega a todos los rincones.

Mientras las personas más jóvenes asisten en un silencio casi religioso a las explicaciones del guía Ignacio, habría que agregar dos hechos que pueden contribuir a completar este relato.

El primero se relaciona con las fechas. El descubrimiento del cementerio sucede en los mismos años en que se creó el CEASM (Centro de Estudios y Acciones Solidarias de la Maré); el muelle de Valongo fue abierto en el mismo período en que se crea Ocupa Alemão. En rigor, fines de la década de 1990 y comienzos de la de 2010, respectivamente.

Las fechas no son nunca casuales: la hipótesis es que desde la década de 1990 ya había un nutrido grupo de estudiantes por el esfuerzo de las comunidades negras en superar su situación. Su papel fue decisivo tanto en la construcción de una memoria de nuevo tipo como en el fortalecimiento del movimiento negro.

A la hora de difundir sus hallazgos, el Instituto Pretos Novos señala: “Los primeros análisis de las últimas investigaciones arqueológicas apuntan que el cuerpo encontrado en el sitio

arqueológico pertenecía a una joven africana capturada y secuestrada para ser comercializada en el mercado de esclavos de Río de Janeiro, pero no resistió los malos tratos”.

El análisis de los esqueletos, permitió concluir que los esclavistas provocaron la rotura y destrucción deliberada de los huesos de la víctima, lo que en su conjunto permite “revelar las condiciones de salud y el estrés físico al que fue sometida esta joven africana en su corta vida”.

Es evidente que el cementerio nos habla de algo más que de la historia de la esclavitud. Negros y negras son la inmensa mayoría de los más de 50 mil asesinados y de los 62 mil desaparecidos que hubo en 2020, así como de los miles y miles de atacados por las fuerzas policiales. El Anuario Brasileño de Seguridad Pública dice que la población negra es la principal víctima de homicidio en el país, con un 76% del total de crímenes, la mayoría de ellos entre los 18 y los 24 años de edad.

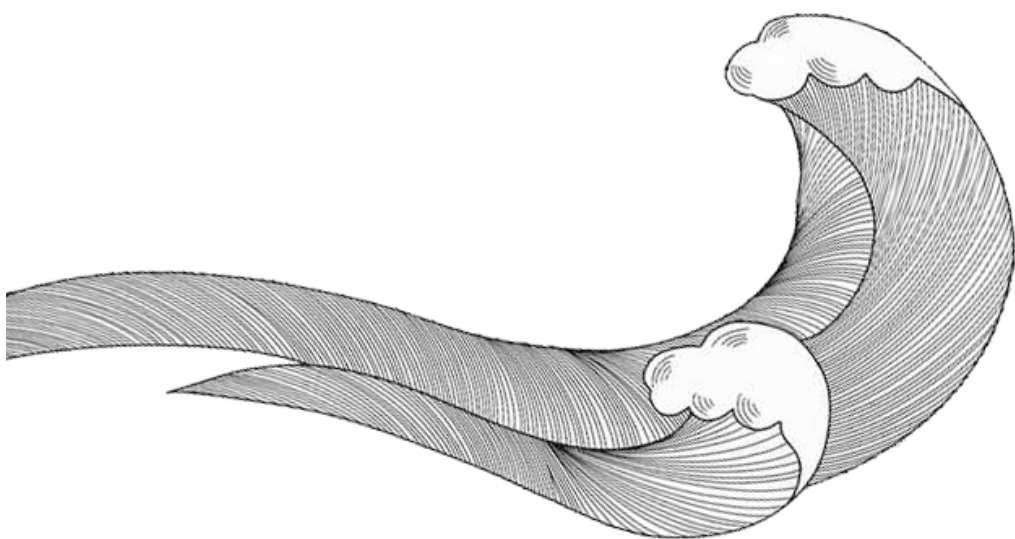
¿Qué sentirán esos jóvenes y jóvenes cuando observan los huesos quebrados de sus antepasados en un cementerio clandestino? Es evidente que la esclavitud no ha terminado, que se continúa en una terrible segregación espacial, social y económica.

La segunda cuestión es que la esclavitud no sólo asesinó millones de africanos, sino que enriqueció a un puñado de esclavistas y a otro puñado de terratenientes, que siguen teniendo el poder económico y político. La esclavitud está en los orígenes del capitalismo, de la acumulación originaria de capital, y no puede desligarse de ese proceso. Difundir la idea de que la esclavitud fue obra de personas malvadas que actuaban de forma individual, como algunos quieren creer, esconde que el capitalismo llegó al mundo sobre la sangre de los pueblos.

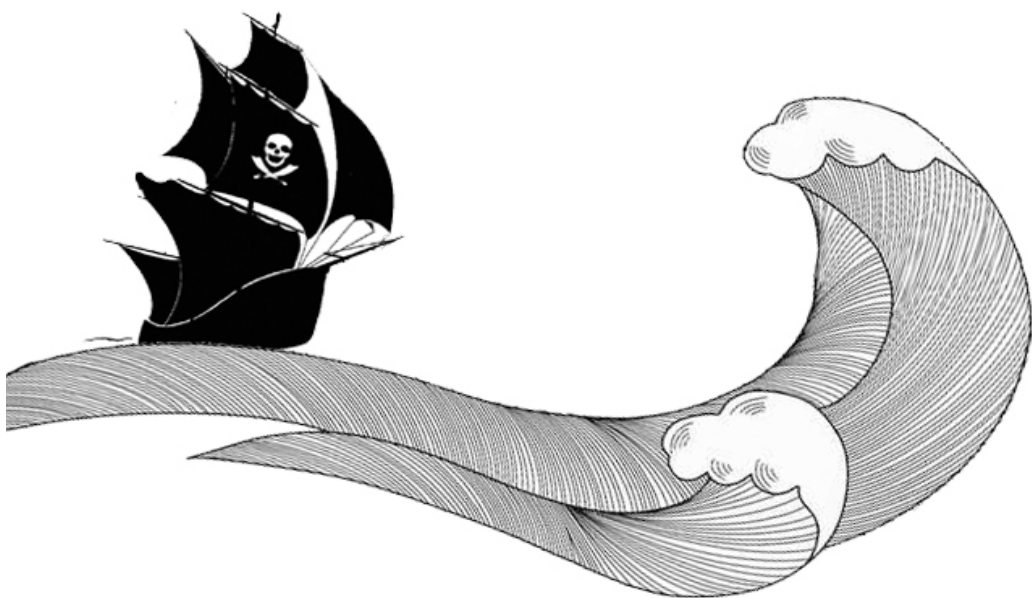
La situación en la que viven millones de descendientes de aquellos esclavos, está directamente relacionada con la continuidad de un modelo de acumulación que se mantiene, igualmente, condenándolos a la muerte. El extractivismo es la actualización de aquel modelo de monocultivos de algodón o

café, donde la mano de obra esclava producía riquezas bajo el látigo de los opresores.

Por eso la reconstrucción de la historia por las memorias de abajo, memorias en movimiento, no sólo mueve el lugar hegemónico que ocupaba la historia estatal, siempre estadocéntrica, sino que contribuye a la autoestima de los pueblos negros. Un paso ineludible para la construcción de movimientos emancipatorios que, a su vez, continúan moviendo la memoria y la vida.



Ecuador



Quito Rebelde I: Hierbateras en las calles y en los cuidados

(julio)

“**C**uando se empezó a hablar del paro nacional, empezamos a juntarnos, a mover a los varones, porque ya nos conocíamos del paro de 2019”, explica Miriam Soria, hierbatera de la comuna Tola Chica, en Tumbaco, periferia de Quito, que vende sus productos en el mercado San Roque, en el centro de la ciudad.

Miriam relata que son unas 30 mujeres las que trabajan juntas en el barrio, todas vendedoras de hierbas en el mercado. Organizaron una olla popular que todos los días cocinaba mil desayunos, otros mil almuerzos y mil meriendas a la noche. “Nos preguntan si no estamos cansadas. Claro que estamos, pero vamos a seguir”, dispara.

Cerraron la ruta y la policía las atacó con gases y palos, entraron al barrio y perdieron los víveres que habían acumulado de donaciones, les destruyeron las ollas y los materiales de cocina. Pero siguieron. “No nos hemos rendido”, sigue Miriam. “Vinimos a Quito a apoyar el paro, trayendo nuestras hierbas medicinales”.

Tumbaco es parte del valle que cobija el aeropuerto internacional de Quito, una parroquia de casi 40 mil habitantes donde quince comunas integran este vecindario semirrural tapizado de bosques de eucaliptos y depósitos de lava del volcán Ilaló. Los cortes de la carretera que conduce al aeropuerto, suelen ser reprimidos duramente por las fuerzas represivas.

Durante el paro hubo ocho heridos de estas comunas, que se suman a los siete muertos durante los 18 días de paro y a una cantidad imposible de contar de heridos, que pueden superar el millar. “Todos los derechos que tenemos es porque nos tomamos las calles”, dice Miriam. “Nosotras nunca tuvimos justicia, las vendedoras de mercados

y calle, las empleadas domésticas, no tenemos nada”.

Conocimos a Miriam en el Museo de la Ciudad durante la Feria del Libro Insurgente, organizada por el colectivo Desde el Margen. Signo de los tiempos, la capilla del museo —de arquitectura barroca adornada de oros— que antes era el espacio de bodas y encuentros de la aristocracia, ahora recibe artistas de abajo, trans, gais y lesbianas, trabajadores sexuales y vendedoras ambulantes, además de la feria insurgente. ¿Qué dirá el Santo Padre?

En la feria de San Roque las hierbateras han creado hace más de cuatro décadas la Plataforma Central 1° de Mayo. Son unas 150 mujeres en un mercado que cuenta con más de 4.000 puestos de venta, en general familiares, pero la inmensa mayoría atendidos por mujeres. Son las *warmis*, mujeres de abajo organizadas, trabajadoras de todas las horas de todos los días, que durante los paros están en una primera línea de cuidados. Mujeres indígenas que desafían prejuicios y el eterno racismo de las clases medias y altas que, esta vez, salieron a las calles engalanadas de blanco para evitar que “los indios se tomen la ciudad”.

Tanto en Tumbaco como en los barrios ricos de Quito, comerciantes y vecinos sacaron sus armas para disparar contra los manifestantes, algo que los “medios corruptos” del sistema, como ellas los nombran, se empeñaron en ocultar. Mientras, repiten la monótona y mentirosa melodía del poder que dice que la CONAIE y los movimientos de abajo están “financiados por el narcotráfico”.

Miriam es hierbatera, sanadora, agricultora que cultiva y recoge manzanilla, ruda, romero y una gama de hierbas dulces que los clientes se afanan por comprar desde la madrugada. Como sus vecinas y compañeras, cultiva en tierras comunales que defienden de la garra de la especulación inmobiliaria, porque saben que es el modo de defender la vida en un sistema que desea despojarlas y, si pudiera, eliminarlas de la faz de la tierra.

Las hierbateras salen hacia la Plataforma 1° de Mayo hacia la medianoche, clasifican las hierbas y abren sus puestos mucho antes del amanecer y cuando el reloj anuncia las 8 de la mañana ya casi no les quedan productos que vender. Consideran que las hierbas medicinales son sus herramientas de lucha y son el centro de sus cuidados, con las que curan las muchas enfermedades que aquejan a las y los de abajo.

Su argumento es irrefutable: aunque nos dicen “vagos”, que no trabajamos, los ricos se alimentan de nuestros cultivos, porque ellos sólo se dedican al petróleo y la minería. Mujeres que esgrimen conciencia y combatividad, que se “paran fuerte”, como dice Miriam. “Seguiremos luchando por nuestros hijos, para que no sean como yo que no pude hacer la escuela”, sigue la hierbatera.

Aunque a la cultura hegemónica en la izquierda le cueste aceptarlo, ellas han sido el corazón de la rebelión que se extendió durante 18 días. A los varones que cortaron calles y rutas nunca les faltó comida cuando regresaron a sus barrios, donde las ollas comunitarias los alimentaron. Cientos de voluntarias de salud se ocuparon de los heridos. Pero también cortaron carreteras.

Ellas bendicen las marchas con sus hierbas dulces, que es también un modo de hacer cuidados, siempre en común, siempre en movimiento.

La importancia de las luchas urbanas o periurbanas está cobrando nuevo impulso. En levantamientos anteriores, el núcleo de la movilización eran las áreas rurales. Desde las comunidades, la población indígena se movilizaba hacia Quito, creando un poderoso imaginario de toma de la ciudad blanca que aterroriza a las élites y regocijaba a los pueblos.

Cindy Gómez de Wambra, medio de comunicación comunitario, sostuvo en la Feria del Libro Insurgente que ha habido “levantamientos en las comunas de Quito, pero eso lo ignoran los medios”. En efecto, las comunas periféricas de Quito, sobre todo de la zona sur donde arriban los migrantes

andinos, son ahora baluartes de la movilización que han estado presentes tanto en el levantamiento de 2019 como en el que recién finaliza.

La comparación con la revuelta de 2019 aparece en todas las conversaciones, porque fue como un rayo que iluminó la vida del mundo de abajo. Dicen las personas que protagonizaron ambos momentos, que la de 2019 fue más espontánea, sorpresiva para el poder, lo que llevó al presidente Lenin Moreno a escapar a Guayaquil mientras los indígenas rurales y urbanos, y los movimientos, ocupaban la ciudad.

El paro de junio pasado, fue más estructurado, con bastante mayor participación (incluyendo marchas en la costa), pero el Estado ya estaba prevenido y desplegó un aparato represivo más sofisticado y con mayor poder de fuego contra la población.

En los dos levantamientos, las mujeres jugaron un papel destacado, como Miriam y sus compas hierbateras. Atesoran la memoria de las luchas, los saberes de la revuelta y de los cuidados colectivos que los traspasan de lucha en lucha, haciendo que la candela de la rebelión nunca se apague.

Quito Rebelde II: Mujeres de abajo, Mujeres de Frente

(julio)

“Somos feminismo popular, autónomo y anticapitalista”, explica Andrea en la enorme sala de la cocina y comedor ubicada en el tercer piso de un viejo edificio frente a la Plaza del Teatro, en el centro histórico de Quito. A nuestro alrededor se mueven decenas de mujeres con sus hijos e hijas, rostros curtidos por la vida en prisiones o a la intemperie como vendedoras ambulantes.

Mujeres de Frente ocupan cinco pisos del edificio —cedido en comodato por la alcaldía— donde se suceden la cocina y el comedor, el espacio de guaguas (niñas y niños), el taller de costura, otro piso vacío que alojará una biblioteca y la azotea donde instalarán un huerto urbano.

En su espacio funcionan varias iniciativas: la Escuela de Formación Política Feminista y Popular en la que participan unas 40 mujeres, el Espacio de Wawas (para niños y niñas), la cocina y el comedor popular donde arman la Canasta Comunitaria de Alimentos (compran al por mayor a pequeños campesinos y reparten al menudeo entre las militantes) y el Taller de Costura que vende en puestos de mercado y online.

Mujeres de Frente es una comunidad de mujeres racializadas por su color de piel y criminalizadas por lo que llaman “delitos de la pobreza”, venta al menudeo de drogas y pequeños hurtos, sobre todo celulares. También se definen como “nómades”, ya que muchas de ellas migraron de sus pueblos o del exterior, porque no tienen nada propio y han vivido en varios lugares, porque vienen de la lucha, “de la cárcel, de la calle, del maltrato, de buscarse la vida”.

La compañera que nos enseña los espacios, Heidy, explica en detalle cómo funciona el Taller de Costura: “Empezamos con tres máquinas industriales y ya tenemos ocho”. Las consideran

un medio de producción puesto en común y combinan aprendizaje y producción, porque muchas no conocen el oficio. Se trata de compartir conocimientos. Confeccionan y arreglan prendas y en ocasiones trabajan por pedidos.

Lo más interesante es cómo reparten el producto de las ventas: “En asamblea discutimos los criterios para repartir los ingresos. Por ejemplo, una costurera joven que trabaja muy rápido, puede ganar mucho más que una anciana que va lento. Pero nos proponemos evitar la desigualdad de ingresos y eso nos lleva a compartir lo que se recauda”. Además, han establecido un par de reglas muy estrictas: no faltar y mantener los espacios limpios.

Convertirse en sujetas colectivas

En la Escuela de Formación Política están intentando reconstruir la historia del Ecuador, para lo que fueron armando los árboles genealógicos de las compañeras y los de oficios, que se entrecruzan y apuntan que casi todas son jefas y cabezas de hogar que sufren persecución policial y estatal si salen a las calles a reciclar, a vender o a realizar cualquier otra actividad.

Por un lado, se consideran “mujeres excarceladas, familiares de personas en prisión, comerciantes autónomas de la calle, recicladoras de residuos urbanos, trabajadoras remuneradas a destajo, estudiantes y profesoras”. Por otro, sostienen que el problema principal que enfrentan es “la destrucción cotidiana de los hilos que tejen las comunidades urbanas”, por eso a través de la Escuela pretenden “comprender cómo las cuchillas de las élites cortaron y siguen desgarrando los hilos de nuestras tramas, y precisamos devolvernos a los caminos de nuestros pueblos”.

En el taller de la Escuela participaron 46 mujeres y conseguimos disparar el debate sobre las migraciones rural-urbanas. Muchas mujeres recordaron los latigazos del patrón

y cómo eran vendidas por sus padres y madres para servir en la hacienda, prácticas que continúan hasta el día de hoy. Muy a su pesar, interiorizaron el brutal patriarcado de la “hacienda huasipunguera”⁹, que lo llevaron en sus almas y cuerpos hasta la ciudad, donde suele reproducirse en las relaciones cotidianas y también en las organizaciones.

Este es uno de los principales desafíos de Mujeres de Frente: liberarse colectivamente de las opresiones interiorizadas durante cinco siglos, que son difíciles de superar porque resultan casi naturales, aunque depredadoras de cada quien y del entorno.

Junto a otros ocho colectivos –de derechos humanos, anti-prisiones, de apoyo a migrantes y medios alternativos-, han creado la Alianza contras las Prisiones, en defensa de las mujeres y varones presos por “delitos de pobreza”. Del mismo modo, defienden a quienes sufren criminalización por ser migrantes, ya que se trata de “delito” que afecta siempre a las personas más pobres.

El Manifiesto de la Alianza sostiene que “la prisión es un experimento de represión y anulación de la vida psíquica para que nosotros mismos construyamos nuestras propias prisiones, en nuestros vínculos y deseos” (<https://bit.ly/3vmkp81>). Ensayan una mirada anti-estatal y anti-patriarcal de las prisiones, “una mirada que reconstruya los puntos de vista de las mujeres y las personas disidentes de género atenazadas por el Estado penitenciario”.

Feminismo de abajo

Quienes trabajan por la abolición de las prisiones rechazan la lógica estatal; siendo mujeres racializadas, desembocan en

9.- En la historia del Ecuador, en ese tipo de hacienda se entregaba una parcela a los indígenas a cambio de su trabajo en lugar de recibir una remuneración monetaria. En ella la población indígena construía chozas y usaba la tierra circundante para cultivar alimentos. Se trata de una de las formas de explotación del trabajo que fue abolida por las reformas agrarias de 1964 y 1974.

un sentimiento de rechazo al colonialismo y al patriarcado. Concluyen que “cada vez más, los Estados hallan en el encierro una solución a los problemas sociales” porque no son capaces de imaginar otros caminos.

Andrea esboza una reflexión clarificadora: “Sabemos que somos una excepción, porque el feminismo urbano es blanco y académico”. Son mujeres de abajo que no aspiran a escalar en el sistema, sino a permanecer donde siempre estuvieron, pero con dignidad y solidaridad con sus compañeras. Las pocas que vienen de sectores medios, optaron por “bajar y no subir”, una ética zapatista que parece necesaria para hermanarse con las oprimidas.

Un forma de hacer y pensar que recuerda los conceptos del brasileño Yedo Ferreira, miembro del Movimiento Negro Unificado. A sus 88 años hace una reflexión bien importante: “La militancia es un movimiento de elite. Somos elite en relación a la masa de la población negra, por los estudios. No somos elite económica, porque nadie tiene dinero, pero sí por los estudios” (<https://bit.ly/3Q3Y2vQ>).

En este período donde predomina una cultura política del interés personal, Mujeres de Frente es un referente ineludible, por su nítido posicionamiento ético. Como señala el editorial del periódico *Sitiadas*, “tenemos con nosotras la insurrección y la lucidez”. Se saben diferentes a esa ciudadanía de clase media y se sienten fuertes al poder sostener la vida en medio del castigo y el estigma.

“Pese al desgarramiento de nuestras comunidades, luchamos para recuperar nuestra historia. Lejos de la política oficial construimos sentidos comunes, apegados a tramas colectivas en donde cabemos todas. Tenemos la fuerza creativa del afán de sobrevivencia y de la vida en paz” (<https://bit.ly/3zFWov9>).

Quito Rebelde III: de lo pequeño e invisible a los grandes movimientos

(julio)

Las insurrecciones y levantamientos populares, las grandes acciones de cientos de miles en las grandes alamedas, resultan incomprensibles si sólo nos enfocamos en los dirigentes más conocidos y en las organizaciones de masas que aglutinan millones de personas. Siempre hay un antes, que lo protagonizan los pequeños colectivos, esos que los medios y la izquierda no pueden ver, pero sin ellos nada sería posible.

Ecuador protagonizó dos enormes levantamientos de abajo, en octubre de 2019 y en junio de 2022, los mayores movimientos en la historia reciente. Quien haya estado allí, y tuve la fortuna de vivirlo cuando apenas finalizaban ambos sucesos, podrá comprobar que la efervescencia de las jornadas de octubre y junio obedecen a un ensamble entre cientos de pequeños colectivos. Mujeres de Frente y las hierbateras fueron apenas dos de ellos; el colectivo Desde el Margen también participó en el reciente paro de 18 días.

Los encontramos en la quinta edición de la Feria del Libro Insurgente, organizada por Desde el Margen a mediados de julio en el Museo de la Ciudad, cuyo lema fue la abolición de las prisiones. Por lo tanto, además de una quincena de editoriales, había colectivos que resisten las prisiones, movimientos negros e indígenas, disidencias sexuales y diversos abajos.

Los colectivos que participaron en la Feria Insurgente fueron *Mujeres de Frente*, *Afrocomunicaciones* sobre racismo en los medios, *Kaleidos* que es un centro de etnografía interdisciplinaria, el *Comité de Familiares* por justicia en cárceles, *Bunker Laboratorio Urbano* dedicado a la “arquitectura de la resistencia”, *Yo no fui*, colectiva anti-carcelaria de Argentina, *Colectivo abolicionista contra el castigo* de Colombia, *Asociación Nuevo Paraíso* integrada por

madres afroecuatorianas ex privadas de libertad, *Olla popular La Tola Chica* y la *Asamblea de mujeres y disidencias*.

Los talleres y debates incluyeron a la Imprenta Comunera y a Pie de Monte de Colombia, que enseñaron a piratear, copiar y difundir libros, en una formación de auto-edición, encuadernación y software libre.

Participaron destacados dirigentes del movimiento indígena, como Hatari Sarango, vicepresidente de Fenocin (Confederación Nacional de Organizaciones Campesinas, Indígenas y Negras) y Apawki Castro de la Conaie (Coordinadora de Nacionalidades Indígenas del Ecuador) que fueron las principales impulsoras del paro nacional de junio, junto a Feine de cuño evangélico.

Entre los medios de comunicación habría que destacar la intervención del medio comunitario Wambra, además de docentes y estudiantes de universidades públicas y religiosas, como la mítica Universidad Salesiana de Quito. Hubo espacios de lectura y de juegos con wawas, títeres, música, poesía y un show circense, que dieron vida a los patios del Museo.

Además del tema de las prisiones, se abordó el racismo, los miedos que generó la brutal represión de las movilizaciones de junio, la criminalización de la pobreza y el tema siempre urgente de las masacres carcelarias. Durante la feria, trece presos fueron asesinados en la séptima masacre de los últimos años.

Las pequeñas grietas y los devastadores tsunamis

Alejandro Cevallos y Natasha Sandoval, director y asistente del Museo de la Ciudad, explican su gestión al frente de la institución: “No es lo mismo un museo en Madrid que en una ciudad andina”. Reconocen que se trata de una institución “muy efectiva”, ya que todos las escuelas de Quito los visitan. Pero están transitando de un espacio de las clases dominantes donde celebran sus festines, a uno al servicio de las comunidades.

El director sostiene que en América Latina las instituciones

como los museos son más frágiles, “son porosas y tienen fracturas”. La transformación comenzó realizando lo que denominan como “visitas críticas”, en particular en la Sala Siglo XX, caracterizada por los silencios y las omisiones. “La historia que cuenta el museo es la de una ciudad blanca, cuando Quito fue creada por indígenas en minga. En el museo los indios son folklorizados y ocupan apenas un rinconcito. El punto es que construyeron una ciudad a la que no tienen derecho”.

Las personas que visitan el museo analizan las omisiones y la violencia simbólica que denotan los silencios. El segundo mecanismo para deconstruir el museo, es el trabajo con la comunidad territorial en el entorno del centro histórico. Para ello comenzaron a trabajar con las hierbateras y la escuela intercultural del mercado San Roque, casi un kilómetro cuesta arriba en las laderas de las montañas.

El mercado es un conjunto de enormes galpones donde se despliegan unos cuatro mil puestos y trabajan unos 1.200 cargadores. Fueron ellos lo que se empeñaron en conservar las lenguas originarias y crearon la escuela intercultural en la década de 1980, el mismo período en que se fundó la Conaie.

Miembros de la escuela y de las comunas de Quito forman parte de las “visitas” críticas. “Los museos son lugares de conciliación y asumir el conflicto resulta todo un *novelón*”, asegura Natasha. Lo cierto es que el Museo de la Ciudad se está abriendo a las comunidades, a las hierbateras, los cargadores y las vendedoras ambulantes de Quito. Saben que en cualquier momento puede cerrarse la grieta que abrieron con mucho esfuerzo.

La revuelta que nunca se fue

Una cantidad interminable de colectivos, aún los más pequeños, participaron en el paro convocado por las organizaciones indígenas. Cada quien lo hizo portando su propia identidad en el espacio público, sin ahorrar

críticas y observaciones a la marcha de la protesta.

Estefanía de la Asamblea Transfeminista, dijo que “nunca más una lucha sin nosotras”, y explicó que durante el paro se movilizaron todos los días problematizando los cuidados. “Un vez más los trabajos reproductivos fueron decisivos en la lucha y durante el paro los cuidados se democratizaron. El acopio de víveres, por ejemplo, no tiene la misma visibilidad que la primera línea de defensa con sus escudos, pero las líneas de atrás son igualmente importantes”.

Tiene muy claro que en las concentraciones “nos miraban raro por maricas y trans, pero nadie nos va a volver a sacar de ningún lado. Tenemos otra forma de hacer política, asamblearia y horizontal”. En este punto coincide Sinchi Gómez, de Wambra, quien define a su medio como “feminista, de izquierda y de defensa de los derechos humanos”.

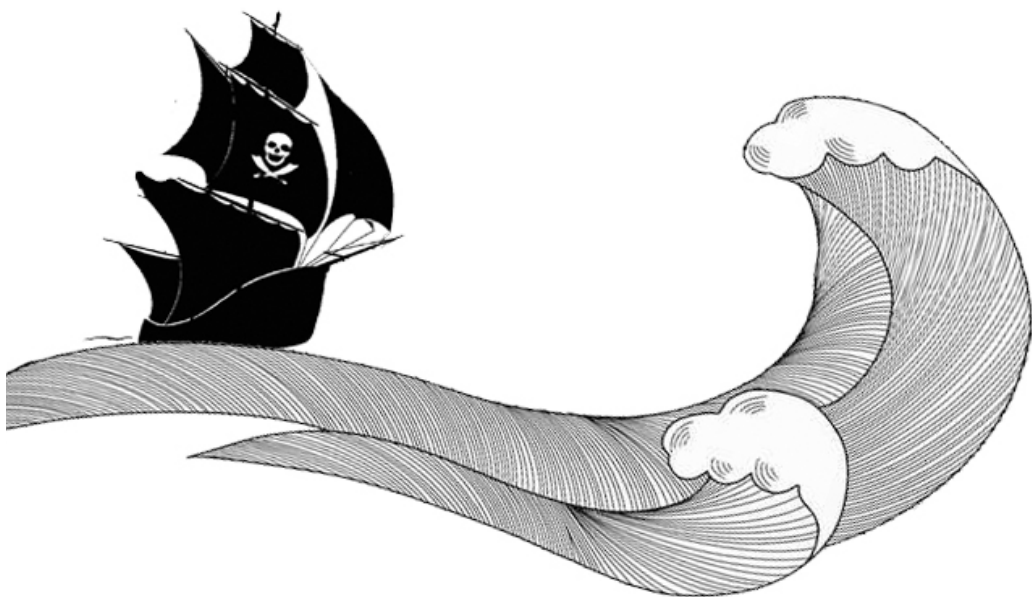
Como mujer indígena se empeñó en visibilizar la fuerza de las comunas urbanas, enfatizando que “ya había levantamientos en Quito aunque los medios sólo mencionaban a los que llegaban de provincias”. Recuerda que en octubre de 2019 hubo 11 muertos y en junio de 2022 siete más. “Octubre nunca se fue”, sentencia, indicando que la revuelta sigue latente.

Una mirada muy particular es la de Jorge Méndez del colectivo Juega y Lucha. Tocaba su instrumento durante las marchas porque era la forma de “poner el cuerpo de los músicos”, pero también el modo de “enfrentar a la policía” y “una forma de relajar el ambiente después de horas de lucha y de chupar gases”. Al final del extenso paro, organizaron un campeonato de fútbol como forma de “proteger el espacio público y a las personas”.

Estamos ante miles de modos de acercarse a la protesta, con los más diversos estilos y formas de hacer. Lo más esperanzador es que toda esa diversidad pudo convivir, enfrentando a los aparatos armados del Estado, a los medios y a la derecha clasista, superando dificultades como el machismo, con la mirada siempre puesta en esos mundos nuevos que ya están naciendo, en tantos rincones de este mundo.



Wall Mapu



Autonomías y territorios en resistencia

(octubre)

Un mar de pinos verdes tapiza la vasta superficie ondulada, desde los profundos valles hasta las empinadas cumbres. Cuando la distancia se trasmuta en cercanía, cuando nos adentramos en las plantaciones abigarradas, el silencio y la monotonía convierten aquel mar en un desierto yermo. Nada más que árboles verticales, sin otra vegetación a su alrededor, ni animales ni otros seres vivos.

Cuando pasamos el asentamiento minero Curanilahue, el camino comienza a serpentear cuesta arriba hacia la Cordillera de Nahuelbuta, entre las plantaciones y los arroyos que bajan de la montaña. Estamos casi cien kilómetros al sur de Concepción, donde el río Bio Bio divide el centro del sur de Chile y marca el comienzo de Wall Mapu, histórico territorio mapuche.

La llamada Cuenca del Carbón comprende las ciudades de Coronel, Lota, Curanilahue, Los Álamos y Lebu, y forma parte de una extensa historia de lucha obrera y de un doloroso proceso de colonización interna, como relata el joven historiador Sebastián Paredes, quien nos acompaña hacia el territorio en resistencia Nuevo Mundo. Se crearon extensos fundos de propietarios chilenos y extranjeros luego de la Pacificación de la Araucanía (1861-1883), la guerra del Estado chileno contra el pueblo mapuche.

Mundo Nuevo aparece en un recodo del camino, donde las familias que recuperaron sus tierras talaron una hectárea y construyeron una veintena de casas de madera, incluyendo la cocina comunitaria donde nos espera un puñado de mujeres. Ellas se empeñan en contarnos la historia que vivieron de niñas y jóvenes.

Conocer y recuperar la historia

Defina Fonseca recuerda que bajo el gobierno de la Unidad Popular presidio por Salvador Allende, se multiplicaron las movilizaciones rurales, sobre todo después de que anunciara la reforma agraria. Algunas investigaciones estiman que hubo cerca de 1.800 huelgas campesinas y 1.200 tomas de tierras durante el período 1970-1973. Las tomas fueron legalizadas pero el gobierno se vio desbordado por la radicalización campesina. En los mil días de gobierno, Allende expropió nada menos que 4.400 predios.

Las familias campesinas de Nuevo Mundo llegaron en la década del 1930, provenientes de fundos cercanos. El predio tenía alrededor de cinco mil hectáreas (4.800 corrige una voz) y pertenecía al Servicio Nacional de Salud que le arrendaba las parcelas a los campesinos. Hacia 1950 crearon la Cooperativa Agraria Mundo Nuevo, que en 1969 se convierte en Cooperativa Campesina Mundo Nuevo. Desde ese momento las 36 familias que integraban la cooperativa fueron las propietarias legítimas de las tierras.

Todo cambió con el golpe de Estado de Pinochet. En 1974 un contingente de policías y militares llegaron al predio dispuestos a expulsarlos. “Hay hartas balas y el río es ancho”, les gritaron los soldados a punta de fusil. Los acusaron de no ser dueños de las tierras y el gobierno militar se las entregó a Forestal Arauco, uno de los grupos empresariales más ricos del país. Quemaron sus casas y huertas, y derribaron la escuela.

Debieron irse a Curanilahue para sobrevivir en los más diversos oficios improvisados. Los campesinos combinaban la agricultura y la ganadería en toda la región, había pocos árboles ya que predominaba la forestación extensiva, o sea la combinación de árboles, cultivos y rebaños.

Ahora domina un ominopotente mar de pinos: el 82% del suelo del municipio de Curanilahue está cubierto de monocultivos forestales que no sólo tienen un potente impacto

ambiental, sino que despojan a los campesinos de la posibilidad de realizar actividades productivas de subsistencia. Forestal Arauco y CMPC detentan la mayor parte de la tierra. Como puede apreciarse, la contrarreforma agraria militar rindió sus frutos a las grandes empresas.

La nueva vida de mestizos y mapuche

El 20 de enero de 2018, los sobrevivientes, sus hijos y nietos, comenzaron a dar una nueva lucha por la tierra. Defina adora las huertas. Es una de las impulsoras de las que están cultivando las seis familias que recuperaron este territorio y permanecen viviendo en el predio, ya que la mayoría de las 36 familias vienen sólo los fines de semana como apoyo y solidaridad.

Sebastián sostiene que el proceso de recuperación de tierras del pueblo mapuche está influyendo en el campesinado mestizo y lo está animando a encarar sus propias demandas. Como ejemplo, pone que en la ciudad de Caranilahue, de 32 mil habitantes, existen en este momento 36 tomas urbanas de tierras, ante la dificultad de miles de familias para acceder a la vivienda.

Jakelin Curaqueo, de la Comunidad de Historia Mapuche, relata que en el recorrido de poco más de cien kilómetros entre Temuco y Tirúa, o sea entre el centro y la costa, pueden verse decenas de tierras recuperadas. Pero lo más sintomático, como relató en el “Encuentro Sentipensar las Autonomías” en Concepción (el 25 y 26 de octubre), es que se pueden ver tanto banderas mapuche como chilenas, lo que revela que quienes recuperan tierras son tanto comunidades mapuche como campesinos mestizos.

Nos dicen que desde 2019 se registraron nada menos que 500 recuperaciones de tierras en Wall Mapu, una verdadera avalancha desde abajo. Calculan que cada una abarca entre

150 y 200 hectáreas, lo que daría un cifra de casi 200 mil hectáreas en proceso de recuperación. Ese es el motivo por el cual el gobierno progresista de Boric impuso una draconiana militarización del sur, más aguda y con más blindados que las que encabezó el neoliberal Sebastián Piñera.

Al cumplirse el primer año de la recuperación de Mundo Nuevo, el Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales (OLCA) trazó una importante perspectiva: “Junto con las recuperaciones territoriales mapuche, la recuperación campesina de Mundo Nuevo, viene a plantear una alternativa de desarrollo para la Cordillera de Nahuelbuta en la provincia de Arauco, altamente intervenida y degradada por el monocultivo forestal” (<https://bit.ly/3FLblQ7>).

Mundo Nuevo es la recuperación más al norte de Wall Mapu, proceso que se viene extendiendo como una mancha de aceite desde el sur. Como señala el OLCA, las recuperaciones abren la posibilidad de reconstruir el tejido social y ambiental degradados por años de monocultivo: “También trae la posibilidad que además del pueblo mapuche, sea el pueblo mestizo y campesino el que re-ocupe sus tierras, generando una alianza multicultural de recuperación territorial”.

Algo muy potente está cambiando en el sur de este país llamado Chile. Algo que no lo pueden frenar ni los gobiernos conservadores, ni los progresistas, ni la militarización, ni las “reformas” que buscan neutralizar a los pueblos.

Autonomías urbanas: Boca Sur

(octubre)

Atravesar las vías del tren en San Pedro de la Paz, primer municipio de la Región de Bio Bio, es trasladarse a otro mundo. El barrio Boca Sur comenzó a formarse en tierras baldías e inundables, despreciadas por la especulación inmobiliaria, donde fueron arrojadas las familias que la dictadura militar estaba erradicando de los barrios populares de Concepción, en una limpieza social que no tenía precedentes en este continente.

Desde que visité el barrio en 2009, han cambiado muchas cosas. La población se multiplicó. El municipio supera las 140 mil personas y el barrio Boca Sur creció hasta los 30 mil habitantes. Pero la humedad, densa y helada sigue presente, tanto como esas viviendas que son un insulto para la dignidad, ya que apenas suman 36 metros cuadrados y una sola pieza para familias numerosas, paredes de tiza y papel, un minúsculo baño y un pequeño terreno (<https://bit.ly/3zVqwm5>).

En su diseño, el barrio es una gigantesca prisión, un panóptico de casitas iguales para facilitar el control policial. Aún así, cuesta imaginar el espanto de miles de familias lanzadas a ese desierto de arenas negras, en la más absoluta nada, en la cual comenzaron a construir la maravilla de un barrio en resistencia, alegre y solidario, que medio siglo después enseña a los pueblos que la autonomía y la dignidad sólo pueden nacer en los márgenes, gracias a la terquedad de sus pobladores.

Defender la vida en pandemia

Nos acomodamos en torno a la mesa tendida en el salón de la Junta de Vecinos R8, una media docena de vecinas y vecinos del barrio: Daniela, Roberto, Fernando, Richard y Rosita, su

madre, una mujer excepcional cuya larga vida impacta en la historia de resistencias y de construcción del mundo nuevo en Boca Sur. Además nos acompaña Katia, de la Universidad de Concepción, que viene acompañando a las organizaciones territoriales.

La conversación se reclina sobre la historia reciente del barrio. En particular el comedor popular que atiende a 135 personas y que nunca recibió nada del Estado. Todo lo que cocinan proviene de donaciones de familias, panadería, carnicería y verduras que provienen de particulares y algunas de las huertas de Boca Sur. Decidieron bautizarlo “Comedor Claudio Benedito”, en homenaje al primer afrodescendiente que habitó el barrio, por su entrega y solidaridad.

Al comienzo de la pandemia fueron cinco comedores que alimentaron a más de 500 personas, todos impulsados por el centro cultura Víctor Jara. Con el tiempo fue quedando sólo el que funciona en la junta vecinal, pero decidieron que no podía ser sólo entregar comida y abrieron tres áreas: el de la cocina que empieza su tarea a las 9 de la mañana, la huerta que funciona en un predio al fondo de la junta y el acompañamiento.

“Porque al comedor están llegando los más pobres, los que duermen en la calle, desocupados de largo tiempo y consumidores de drogas”, explica una voz. Acompañarlos supone reunirse, entender sus necesidades y trabajar juntos para buscar salidas. Parece evidente que la pandemia golpeó de forma muy desigual, en una de las sociedades más desiguales del continente.

“En realidad,” explica Daniela, “el comedor se inició con el estallido social del 18 y 19 de octubre de 2019. Nos dimos cuenta que muchos vecinos estaban quedando sin trabajo. Los despedían porque no funcionaba la locomoción, había militares en la entrada de la *pobla* y no permitían el acceso de buses de empresas”. La gente era despedida, sencillamente, porque los militares no los dejaban salir de su barrio. Una realidad que habla por sí sola de lo que es un “estado de excepción permanente”.

El objetivo tanto del comedor como del acompañamiento es “construir comunidad”, abordando aquellos problemas que el Estado no encara. Además del grave problema del desempleo, Daniel enfatiza en la necesidad de asistencia psicológica que tiene una parte no menor de la población.

Resistir y construir en las ciudades

Más de una década después de conocer a Rosita y a Richard, es evidente que los procesos organizativos en Boca Sur se han consolidado y sus miembros han madurado tanto su visión del barrio como de la política desde abajo.

Sostienen, como ejemplo, que la revuelta de 2019 fue posible porque la izquierda estaba descolocada, “pero en cuanto se reposicionó y se rearmaron los partidos, se acabó la revuelta”. Palabras similares escuché en barrios de Cali y de Bogotá: “Con los acuerdos de paz, las organizaciones pro-FARC desaparecieron y entonces pudimos tomar las calles”.

El Festival de Todas las Artes Víctor Jara, que se repite desde hace 22 años, es la fiesta emblemática de Boca Sur, que la hacen coincidir con el aniversario del golpe militar y el asesinato del cantante. Se inicia con una peña, luego una romería por memoria, verdad y justicia y, este año, contó con el estreno del documental “La Marea: Mujeres Pobladoras”, una creación colectiva del centro cultural “que aborda la historia de cuatro mujeres que construyen población al sur del Biobío”, como señala la página Boca Sur Informa (<https://bit.ly/3UE5Zu3>).

El mes de actividades se cierra con un carnaval popular, en el que participaron este año siete comparsas del barrio, algunas con nombres mapuche y sólo de mujeres. Se completa con ferias de autogestión, exposiciones y actos que recuerdan a los caídos en la resistencia.

Se trata de un verdadero “carnaval comunitario y popular”, como ellos mismos lo definen. Las personas organizadas

en Boca Sur van elaborando sus propias ideas, sus propios conceptos que reflejan una mirada otra de la realidad. Por ejemplo, nombran el comedor popular como “autodefensa alimentaria”, lo que supone una mirada zapatista, digamos, en el sentido de que desarrollan una economía en resistencia.

Finalmente les pregunto, con bastantes dudas, cómo influye la lucha mapuche en sus resistencias. Richard se extiende: “Estamos en un territorio muy cercano a las comunidades mapuche, nuestra comuna es el inicio de Wall Mapu y nuestra lucha territorial siempre ha sido solidaria con las comunidades. Además compartimos con las comunidades el mismo abandono del Estado y ambos estamos bajo el control de la narco-cultura en los territorios”.

Se trata de un tema que requiere un tratamiento extenso: el papel de los aparatos armados como Carabineros, su confluencia territorial con el narcotráfico y con las iglesias evangélicas. Como hipótesis, puedo decir que es la forma como se presenta la dominación de arriba allí donde los pueblos, en todas las geografías de nuestro continente.

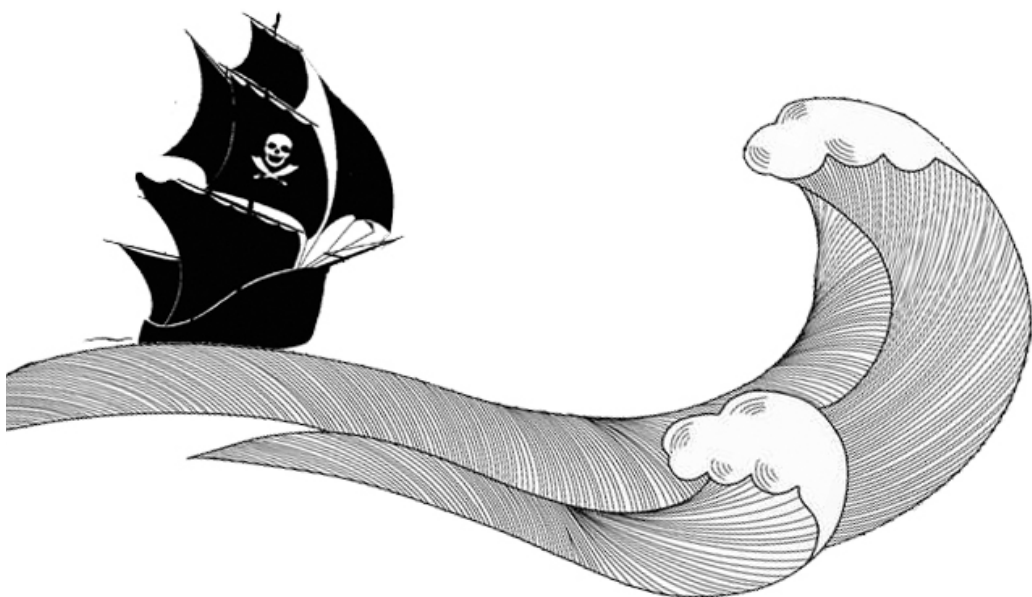
“En Boca Sur sentimos mucha sintonía, y vemos que hay una búsqueda en ambos sectores –mapuche y periferias urbanas– de nuevas formas de lucha. Los vínculos directos son muchos, en verano vamos a trabajar a las comunidades y ellos hacen actividades en el territorio a las que acudimos”, sigue Richard.

En la comuna donde se asienta Boca Sur, más del 80% de la superficie es monocultivo forestal. Remata: “Cuando el movimiento mapuche empieza con las recuperaciones a fines de la década de 1990, es un impulso a que el movimiento de pobladores comience a hacer acciones de recuperación o de ocupación de lugares que se vio muy claramente en las grandes ciudades desde 2019. Sólo en Boca sur hay ocho ocupaciones de pobladores en terrenos fiscales y privadas exigiendo viviendas. Por eso decimos que son procesos similares con características culturales distintas”.

No es casualidad que durante la revuelta de 2019 la bandera que más se ondeaba en las grandes alamedas fuera la mapuche. Amplios sectores del pueblo chileno perciben que sufren el mismo problema del pueblo mapuche: la opresión del modelo forestal neoliberal, que no sólo va de la mano de la militarización, sino que margina y empobrece a las mayorías.



Colombia



Bogotá a un año de la revuelta Encima de las nubes, a la altura de los sueños

(marzo)

Llegar hasta Alto Fucha es un viaje cuesta arriba. Salir de Bogotá rumbo al suroriente, atravesar la enorme localidad de San Cristóbal y emprender la trepada hasta adentrarse en la cordillera bordeando el río que serpentea montaña abajo. El entono se vuelve más verde a medida que subimos y más frío cuando nos vamos metiendo entre los cerros.

Estamos en la periferia de la periferia de Bogotá. Aquí donde la ciudad se codea con el páramo a 3.100 metros de altura. Donde la precariedad de las viviendas delata que miles de pobladores tuvieron que escalar, literalmente, para encontrar un poco de terreno donde levantar sus viviendas. Todas autoconstruidas por familias campesinas que siguen huyendo de la violencia y por migrantes venezolanos.

El patrón común de la autoconstrucción es la verticalidad, para aprovechar el terreno. Dos plantas es lo mínimo, pero pueden ser tres, dependiendo de la cantidad de hijos y nietos que vayan engrosando las familias. El trabajo hay que inventarlo: venta ambulante, reciclaje de cartón y empleos temporales enseñan la precariedad de la vida detrás de los rojos ladrillos y techos de chapa.

En Alto Fucha viven una seis mil personas, pero en La Cecilia, este barrio encajonado entre el páramo y el valle por el que desciende el río Fucha, serán poco más de mil. Llevar el agua y la luz a las viviendas fue toda una pelea, posible gracias a la organización vecinal. Sobre la calle principal, siempre vertical, se levanta la Casa de la Lluvia (de Ideas), una construcción sencilla, estructura en cañas da bambú o guaduas, paredes livianas y techos transparentes.

La casa es el centro social y cultural de La Cecilia, enclavada en la reserva forestal de los Cerros Orientales de Bogotá. Fue construida por decenas de vecinos y vecinas en un trabajo comunitario que comenzó su andadura en 2012, hace justo diez años.

La zona es rica en recursos y por su ubicación es codiciada por la especulación de las grandes inmobiliarias, que acarician negocios con sectores de altos ingresos si consiguieran despojar a los actuales pobladores. Algo más que difícil por el alto nivel de organización de la comunidad y por la clara conciencia de lo que está en juego.

Encuentro de movimientos

La única sala de la Casa de la Lluvia está abarrotada de jóvenes, niñas y niños. Deben ser más de 70 personas, que pertenecen a 22 colectivos del barrio y de sectores cercanos. Vinieron a compartir y a debatir, a escuchar música y leer textos. Por la mañana, estuvieron construyendo un espacio al aire libre con guaduas, gruesos y largos troncos huecos que, dicen, son más resistentes que la madera.

Luego almorzamos en casa de Tina, una vecina de puertas abiertas a la comunidad, donde la gente se siente como en su casa. Eso sí, quien no come todos los platos que sirven, dos es el mínimo, es rigurosamente regañado por las señoras de la cocina que vigilan tus pasos.

La ronda comienza a cobrar forma. Sobre la puerta, un enorme cartel tejido en lana reza: “Digna Rabia”. Iván de Huertopía, un colectivo pionero que sostiene varias huertas e impulsa decenas, explica que Bryan Cárdenas, uno de los fundadores, murió ahogado en Chipas luego de visitar comunidades del EZLN. El zapatismo tiene un lugar en los corazones de estos colectivos.

La presentación de cada grupo es ágil pero se extiende por

más de una hora: bibliotecas, grupos de derechos humanos, de defensa de la naturaleza y del territorio, de mujeres y de medios de abajo, artísticos y culturales, de música popular, de raperos. La sorpresa la aporta un grupo de niños y niñas: Huerta Raíces de la Montaña.

Enseñan su Facebook para explicar quiénes son y qué hacen: “Nosotras, nosotros, las niñas y niños de la Colectiva Raíces de la Montaña nos sabemos agua, nos sabemos tierra, nos sabemos viento, nos sabemos fuego, nos sabemos amor, es por eso que nos nace del corazón este espacio que ha tenido tantos cambios como nuestra existencia...” (<https://bit.ly/3xgqtAH>).

Cuidan una de las 23 huertas urbanas de esta zona. ¿Cuántas habrá en todo Bogotá? Y lo hacen jugando y riendo, como niñas que son.

Resistir para vivir, vivir resistiendo

Uno de los anfitriones, Francelías, explica que la Casa de la Lluvia es “un aula ambiental abierta autoconstruida por la comunidad, porque aquí todo, todo, lo ha hecho la comunidad”. No lo dice en público, pero recibió varias amenazas de grupos parapoliciales, o sea del Estado colombiano, porque con poco más de 30 años es uno de los referentes del barrio.

En la ronda van explicando que Huertopía, el colectivo que comenzó hace ya tiempo con la promoción de las huertas urbanas, se transformó en el contacto con las comunidades, donde fue echando raíces y mutando, como le sucede a toda vida que realmente vive.

“La huerta no es sólo para producir alimentos”, explica Yodi. “Creamos relaciones sociales, nuevos sentires y nuevos sentidos. La huerta es algo así como arte y pedagogía de educación ambiental”. A su lado, rodeada de niñas inquietas, Laura agrega que “todo lo que hacemos es reproducir la vida”.

Activa con murales, un arte colectivo que ha ganado enorme popularidad con la revuelta del año anterior, desplegando lo que ella misma nombra como “artivismo”.

Un poco más serio, Iván añade que “la huerta es parte de un proyecto de resistencia, relacionado con los cerros y los ríos, un lugar de encuentro para resistir”. Un objetivo largamente acariciado por todas y todos los presentes, consiste en “convertir los CAIS en huertas y bibliotecas”. Los Comandos de Atención Inmediata (CAI), son unidades territoriales de la policía que se despliegan en todos los barrios, como forma de mantener control policial sobre la población. En los últimos años ardieron cientos y no pocos fueron convertidos en bibliotecas populares, en todas las grandes ciudades.

Un veterano militante asegura que durante la revuelta hubo una relación directa entre las huertas y las ollas populares que se instalaron en los puntos de resistencia. Por primera vez en sus vidas muchos *pelaos* tuvieron “tres golpes” en un día, tres comidas, un sueño imposible en la vida cotidiana de los de más abajo.

Poco antes de terminar la ronda comienza un aguacero impertinente que golpea sobre los techos y nos impide escuchar las últimas intervenciones. Cuando la ronda empieza a dispersarse, surgen los sones, primero un rapeo que denuncia la brutalidad policial. Un chico se pregunta, danzando: “¿Cuántos podrían comer con lo que vale un uniforme del Esmad?”. En los puntos de resistencia, dicen, el rap era el son capaz de mover cuerpos y conciencias.

Luego suena, reposada y honda, la música andina de la Agrupación Moque, inspirada en los ritmos quichuas Otavalo. Antes de salir enseñan fotos de la construcción de la Casa de la Lluvia, hace apenas unos años cuando era la última del barrio. Ahora cerro arriba se divisan más muchas construcciones nuevas, asentando la imparable migración campesina.

Damos una vuelta por el barrio y Francelías nos enseña las huertas que rodean la casa y los espacios comunes que

crearon y mantienen, mientras algunos vecinos se asoman curiosos a las ventanas. Señalando las viviendas, explica que todas ellas mostraron trapos rojos durante los primeros meses de la pandemia, en señal de que esa familia pasaba hambre. La solidaridad y las ollas fueron las respuestas del barrio, ante la insoportable anomia del Estado.

Mirando hacia la montaña, explica que el colectivo sueña con gestionar el posible parque lineal de Fucha, cerro arriba los dos. No paran de soñar, quizá porque viven encima de las nubes, lejos del estruendo infernal de la gran ciudad.

A un año de la revuelta. Cali: dignidad y esperanza

(marzo)

“**P**refero morir, a seguir viviendo así”, decían los jóvenes de las barriadas populares de Cali, cuando se lanzaban contra el odiado Escuadrón Móvil Antidisturbios (Esmad). Jessica relata lo que sentía y vivía un año atrás, a partir del paro lanzado el 28 de abril por las centrales sindicales que millones de jóvenes decidieron desbordar, desde abajo y a puro corazón, para expresar la rabia largamente contenida.

“El paro se inicia con muchos pelaos que querían morir”, coincide Karen. “Pero ya no. Ahora quieren seguir viviendo y vivir sabroso”, una expresión del pueblo negro colombiano que ha sido asumida por los sectores populares, que la emparentan con el Buen Vivir de los pueblos originarios andinos.

Las dos participaron en los Puntos de Resistencia, espacios abiertos por las y los jóvenes en una ciudad racista y excluyente que les niega los derechos, cuyas clases privilegiadas están dispuestas a resolver a bala la menor disidencia social y cultural. Forman parte de la ronda de más de cuarenta que comparten lo aprendido durante la revuelta y hacen balance un año después, en una mañana lluviosa y calurosa.

Resulta estremecedor el contraste: cuando se refieren a lo que vivieron en las barricadas y puntos de resistencia, escriben: “dignidad”, “fuerza”, “claridad”, “rabia” y “armonía”, además del natural “miedo” y “angustia”, ya que la represión se cobró decenas de víctimas y desaparecidos, visibles cuando comenzaron a aparecer trozos humanos en bolsas de plástico dejadas en las calles por el Esmad, para intimidar.

Un año después, en el mismo papelógrafo, escriben: “mentira”, “hambre” y “miedo”, ya que la represión va

cazando de uno en uno a los que pudo identificar. Otros más ponen “esperanza” al lado de “desesperanza”, y alguien coloca “Petro”, en referencia al candidato progresista para las elecciones presidenciales de mayo, que concita el apoyo de la mayor parte de la ronda.

La palabra camina en círculos y aparecen reflexiones profundas. “El acuerdo de paz rompe el movimiento social”, explica Jessica. “Por eso el paro no fue liderado por las organizaciones sociales y lo hacen los jóvenes de forma espontánea”. El “Profe” (los varones no dan sus nombres), afro de unos 35 años, quiere destacar todo lo que aprendieron con la revuelta: “Hubo un crecimiento personal y colectivo, el Punto se desarrolla en el territorio, con proyectos caminantes”.

“Desconfiado”, algo más joven, dice que llegó a la ciudad desde el campo hace apenas dos años: “La dignidad no depende de Petro ni de Francia”, en referencia a Francia Márquez, candidata a vice, negra y muy popular en las periferias más pobres. “Lo malo de estos 200 años es por nosotros, por lo que no hicimos. El cambio tiene que venir desde los pueblos”, agrega. “Peleón”, que vivió algunos años en Argentina, asegura que “para los negros no es fácil vivir en la ciudad”, mientras “La Firma”, algo mayor y del mismo color de piel, añade: “La pobreza no se va a acabar hasta que se acabe el racismo”.

De Puerto Rellena a Puerto Resistencia

Con tres millones de habitantes, Cali y su área metropolitana se expanden linealmente en el valle del río Cauca, entre la región andina y el Pacífico, apenas a cien kilómetros de Buenaventura, el principal puerto de Colombia. Cuenta con grandes obras de infraestructura desde que albergó dos veces los Juegos Panamericanos (en 1971 y 2021), amplísimas autopistas urbanas que corren de norte a sur, hacia la cordillera y el mar.

Dos tercios de la población es negra o mestiza, habita los

barrios más pobres de la zona norte y los cerros que rodean la ciudad. Por su ubicación estratégica, es el paso obligado de las rutas de droga, de la montaña hacia el puerto, y es por lo tanto una ciudad violenta dominada por machos armados.

Los 24 Puntos de Resistencia se ubicaron, en su mayoría, en los ejes viales norte-sur, impidiendo de ese modo toda movilidad, tanto de autobuses como de coches, en los 60 días más intensos del paro. Cuando quieren dibujar en un esquema de la lucha urbana que protagonizaron, colocan en el centro el “árbol de la resistencia”, o “anti-monumento”, al que también nombran “Mano de la Resistencia”, con seis metros de altura en cemento, construido durante 19 días y noches por la comunidad.

Sentados en el paseo donde las madres venden artesanías, a metros del anti-monumento, Karen explica la historia del lugar. Como parte de la Minga de Comunicación, elabora una perspectiva histórica: “Durante la huelga estudiantil de diciembre de 2018 nos comenzamos a reunir en aquella esquina, unos 15 o 20 apenas”, dice señalando al cruce de la Simón Bolívar con la 46.

Se trata de una inmensa intersección donde la alcaldía viene construyendo el sistema de transporte Masivo Integral de Occidente, al que llaman MIO. Recuerda que los sindicatos no querían llegar hasta la periferia norte, y que durante el paro iniciado el 21 de noviembre de 2019, comenzaron a reunirse en el mismo punto muchas más personas, momento en que lo bautizaron como Puerto Resistencia.

El nombre anterior, Puerto Rellena, provenía de los expendios que vendían el plato típico y popular “rellena”. Durante la pandemia, explica Karen, “era el punto donde el Proceso de Liberación de la Madre Tierra repartía comida que recolectaban las comunidades nasa del Norte del Cauca”. Fueron varias Marchas de la Comida que llevaron toneladas de alimentos y de afecto a las poblaciones de este distrito conocido como Aguablanca (<https://bit.ly/3iQK5mG>). Con el estallido

de 2021, Puerto Resistencia se convirtió en el centro de la movilización, donde diariamente se reunían cientos de jóvenes.

Un año después

“No se trata de quejarse sino de resistir”, sostiene el “Profe”, que se mueve en el entorno del anti-monumento. Entre las construcciones de la comunidad barrial, destaca la “olla popular” que ahora cuenta con su propio monumento y sigue alimentando a quien necesite; la biblioteca que funcionaba en el predio policial mal llamado Centro de Atención Inmediata (CAI), las huertas comunitarias que se han extendido durante este año, y las célebres “primeras líneas”.

Algunos cuentan hasta cinco líneas. Richard explica que detrás de la primera, que resistía directamente a la policía, había una segunda que las abastecía de piedras y escudos. Detrás estaba la de primeros auxilios para atender heridos, y así hasta la quinta línea “formada por mujeres que sacaban tinas con bicarbonato para que los pelaos siguieran resistiendo”. Agrega: “Eso hace que nazca la esperanza. Ver tanta dignidad en la gente, te enamora, todo el núcleo familiar se volcó a la calle trabajando en cadena”.

Luz asiente y destaca que “el estallido nos puso a trabajar en colectivo, ya no hay apatía sino esperanza”. Cree que la organización de base es el verdadero sujeto político que no necesita intermediarios para presentarse ante las instituciones. Catherin añade que “se levantó el bloqueo pero no la resistencia, porque ahora el trabajo es barrio adentro”.

Todos acuerdan que la represión sigue actuando, golpeando sobre referentes de las comunidades. Pero aquel enamoramiento está lejos de haber menguado. Los días 28 se conmemora el levantamiento activando las ollas comunitarias, volviendo a reunirse pese a los riesgos, conscientes de que ese día comenzaron “a vencer la ignominia, el oprobio y el terror

estatal” y comenzaron a “cambiar la historia”, como señala un texto colectivo de Puerto Resistencia.

Una de las principales conquistas de la revuelta es la conciencia de autonomía y de la fuerza de abajo, que se resumen en el lema “Cali capital de la Resistencia”. Pero también han sabido comprender que las clases dominantes desprecian a la población negra y afrodescendiente. “No les importamos”, dice “La Firma”. “Sólo 47 familias nos han hecho ver al pueblo como una minoría”, razona “El Costeño”.

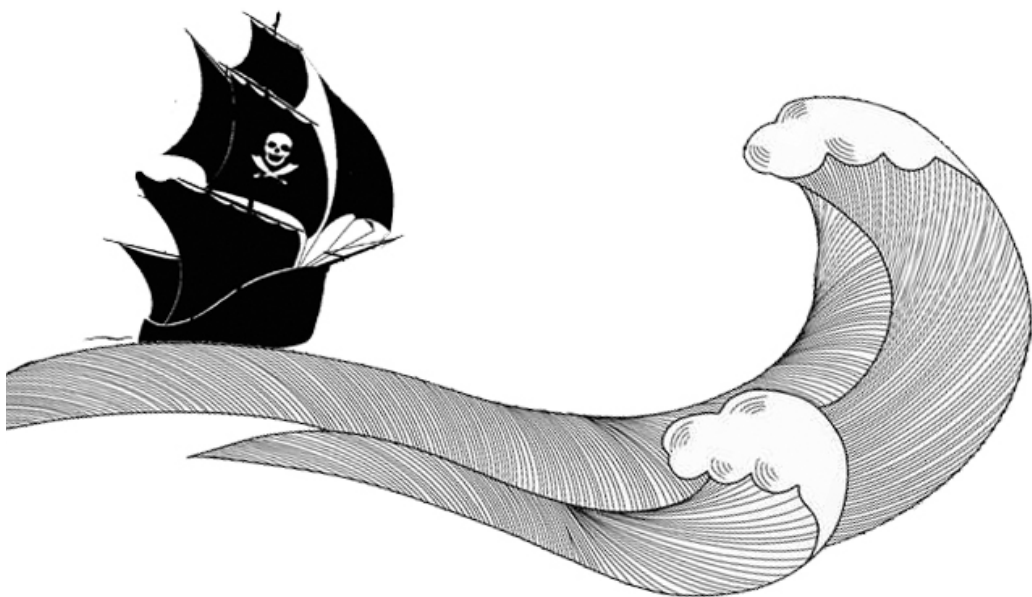
El comité de seguridad recoge la experiencia de las primeras líneas, y sigue funcionando para cuidarse colectivamente con integrantes de cada punto de resistencia. Forma parte de la Unión de Resistencias Cali (URC), que cuenta con un coordinador, la Mesa de Vocerías. Según los voceros, están funcionando 24 puntos. Unos pocos bien nutridos, como Puerto Resistencia, pero los más han mermado.

Los desarrollos del pensamiento colectivo durante este año, son inmensos. “El gobierno nunca halló una cabeza que cortar”, asegura el texto colectivo de Puerto Resistencia, para añadir que pese al daño que produce, “tenemos la certeza de que lo estamos derrotando”. Optimismo que nace de una autoestima que nunca habían vivenciado.

El anti-monumento La Mano es quizá el mayor símbolo que aún perdura de la revuelta. Las rebeldías lo consideran “un bofetón a la institucionalidad estatal”, en cuya construcción participaron 500 personas y 80 artistas gráficos. Un sueño hecho realidad, como el monumento a las ollas en homenaje a las madres. Creaciones colectivas de una comunidad que necesita luchar para seguir viviendo. “Aquí corrió el Esmad”, sigue desafiando uno de los grafitis.



Bolivia



La Paz y El Alto: La regeneración

(agosto)

“Somos huérfanos políticos”, señala Cami desde un rincón de la sala donde se reúnen una veintena de personas, mayoría jóvenes y mujeres, un frío domingo en La Paz.

Una feminista de la ronda aprueba: “Le reprocho a la generación anterior que no nos transmitieran su experiencia”. El resto escuchamos en silencio. “No podemos entender la totalidad, pero podemos intentarlo. Necesitamos reconocer la vulnerabilidad, porque sólo se crece desde lo vulnerable”.

Se trata de un doble reproche, de generación y de género, a quienes no supimos heredar algo de la experiencia acumulada, seguramente por no aceptar errores y desvíos, o sea por nuestra cultura patriarcal y vanguardista que siempre miró por encima del hombro a los jóvenes y muy en particular a las mujeres.

A partir de ahí, los cuestionamientos se amontonan. Algunos jóvenes se preguntan “qué es ser militante”, en este período tan complejo de la historia boliviana. Algunas provienen de familias mineras de la mítica Siglo XX, de ayllus campesino-indígenas y de lógicas comunitarias, pero también hay artistas, feministas radicales y queer, componiendo un arcoíris de diversidades aunque todas y todos se preguntan cuál sería hoy posible un “horizonte revolucionario”.

Una joven que trabaja con niñas y niños haciendo títeres, enfatiza en “no hacerse notar”, en “no a levantar banderas”, una crítica directa al egocentrismo de los dirigentes que siguen ocupando cargos porque sí, porque son varones, con poder, bien hablantes que se empeñan en dominar organizaciones más que en transformar la realidad.

La crisis del movimiento popular en Bolivia es uno de los temas centrales que ocupa y preocupa a toda una generación militante que raramente supera la treintena, que no vivió el ciclo

de luchas de 2000 a 2005 que desarticuló enl neoliberalismo y permitió el acceso de Evo Morales al gobierno. Pero también sufrieron la crisis de 2019 que se resolvió en la huida de Morales y Álvaro García, negociada con los poderes fácticos.

Una bofetada para quienes en algún momento creyeron en el proceso de cambios pero no se dejaron convencer de un golpe que nunca fue o, por lo menos, no fue el motivo de la renuncia y la huida, sino la pérdida de legitimidad ante sus propias bases. “La COB fue la primera en pedir la renuncia”, recuerda alguien que enfatiza que la prestigiosa central obrera se había adelantado al comandante en jefe de las fuerzas armadas en solicitar la salida del Ejecutivo, como el mejor camino para resolver la crisis, generada por el deseo de eternizarse en el poder.

La orfandad es política y es ética. Agravada porque el expresidente lanzó una dura campaña contra el actual vice, David Choquehuanca, buscando deslegitimar a quien tiene más prestigio que Evo Morales. Los datos hablan solos: en octubre de 2019, Morales y García obtuvieron el 47% de los votos. En octubre de 2020, Luis Arce y Choquehuanca alcanzaron el 55%. El MAS sin Evo creció un 20% en votos.

La Universidad Pública de El Alto (UPEA) sigue sumando edificios de cuatro y cinco pisos, donde miles de jóvenes aymaras se afanan desafiando el gélido frío de agosto que hoy se traduce en una fina nevada. La emblemática ciudad a 4.000 metros, es el epicentro del pensamiento indianista que toma distancia de los gobiernos progresistas.

“Evo siempre ha sido capataz, mayordomo, nunca hemos sido gobierno en 14 años”, decía el historiador Inka Waskar Chukiwanka, referente recién fallecido de esta corriente. Defiende la tesis de que aún sobrevive una jerarquía de civilizaciones que no se ha modificado, que ha llevado

a la recomposición del colonialismo bajo nuevos ropajes.

En un tono similar se expresa Pachakuti Akarapi, perteneciente a una nueva generación de aymaras graduados en la UPEA y en otras universidades. Muchos de ellos participaron semanas atrás en el “Primer Encuentro de Intelectuales de la Nación Aymara,” que contó con el apoyo de la Vicepresidencia a cargo de David Choquehuanca.

El encuentro definió una agenda política que busca la reconstrucción de la nación aymara, para lo que diseñaron la Agenda Atawallpa 2032 que se propone restaurar el sistema de **suyos** (parcialidad o región), que debería ser la forma de gobierno plurinacional aymara, quechua y tupi guaraní, según Pachakuti. En esa fecha se cumplen los 500 años del asesinato del Inka Atawallpa y de la invasión al Tahuantinsuyu.

Para eso quieren terminar con el Estado colonial, reconstituir las diversas naciones originarias bajo el principio del federalismo y el sistema de comunidades o ayllus, conformando un poder en base a los turnos, rotativo, “sin la intervención de los preceptos de la democracia institucionalizada del Estado”, señala el documento que aprobaron los intelectuales aymaras.

Esta generación no se siente representada por la Constitución del Estado y apuesta a la creación de poderes propios, inspirados en los suyos, o sea poderes no estatales, supra-comunitarios federados. Se trata de construir territorios y gobiernos autónomos en el Altiplano pero también en las ciudades.

Muestra de esa búsqueda de autonomía, fue la presentación de Pachakuti en el encuentro que tuvimos, donde destacó que una de las cuestiones centrales es cómo se eligen los cargos, si en base a usos y costumbres como en las comunidades o con criterios ajenos pertenecientes a la cultura política dominante. Dijo que el Estado Plurinacional es como pretender que “el zorro conviva armónicamente con las ovejas”.

En el intercambio que tuvimos en la UPEA, analizó dos cuestiones centrales: la historia de las resistencias desde la

conquista española y la existencia de rebeldes que no eran indígenas pero se plegaron a sus luchas.

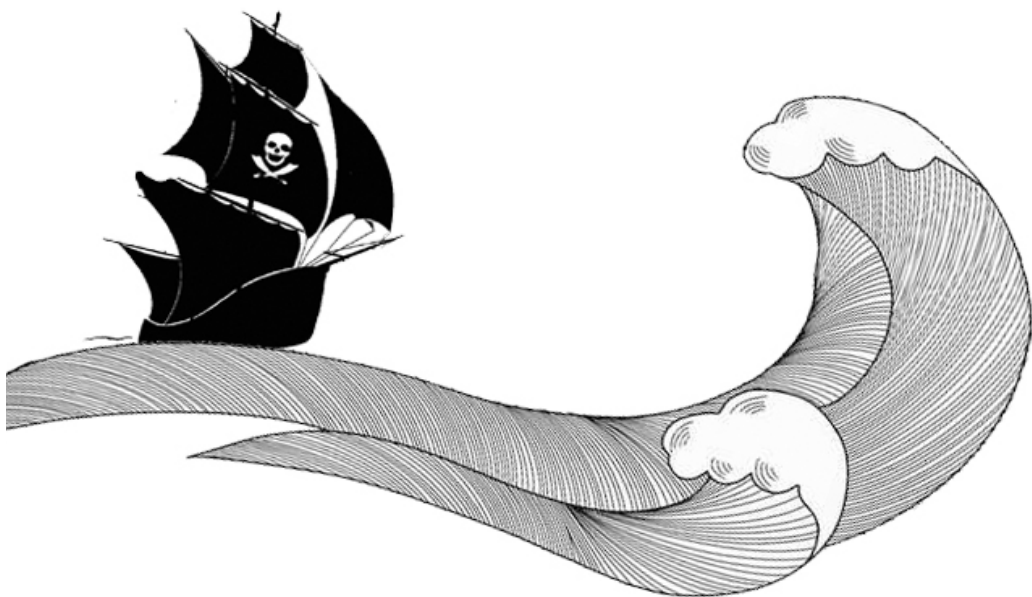
Repasó las rebeliones que se sucedieron durante 500 años, que enseñan la voluntad de recomponer los gobiernos aymaras, aún en la clandestinidad, a los que denominó “gobiernos en movimiento”. También se propuso desmontar ciertos prejuicios: “Cuando vemos al movimiento indígena, sólo vemos reivindicaciones, cuando en realidad lo que se busca es restablecer el gobierno aymara”.

De ahí pasó directamente a cuestionar a los gobiernos del Movimiento Al Socialismo (MAS), porque “lo que se hizo en Bolivia con el Estado Plurinacional fue mantener intacta la jerarquía colonial”. Recordó también que varias rebeliones fueron encabezadas por criollos, como Rumi Maqui en 1915, señalando que la lucha indígena no gira en torno al color de piel.

Está comenzando a tallar una nueva generación, sobre las ruinas que dejó la anterior. Es imposible saber si conseguirá superar los principales problemas que lastraron a las anteriores. Pero podemos estar seguros que se está desembarazando tanto del patriarcado como del vanguardismo que, sin embargo, pueden renacer camuflados en lo políticamente correcto. Lo mejor, creo, es esperar y apoyarlos mientras despliegan su potencia creadora.



Argentina



Los encierros son subjetivos y las libertades también

Entrevista con Eva Reinoso de Yo no fui (agosto)

Su vida es la de tantas personas que son sistemáticamente perseguidas por este sistema. Conoció la cárcel por el simple hecho de ser pobre, no tener estudios y lucir piel oscura. No eligió robar, ni ninguna de las tres señas de identidad que caracterizan a media humanidad. Pero eligió la dignidad apenas se le entreabrieron puertas de luz y vida.

Eva Reinoso integra la colectiva Yo No Fui y desde esta semana es columnista de Desinformemonos.

—¿Podés decirme algo de tu vida? Estuviste presa, donde, porqué. Cuando saliste y cómo te sentiste al salir?

—Me llamo Eva, tengo 33 años, lo que mas me gusta es escribir y militar e integro el colectivo yonofui desde el año 2009. Tengo 9 hermanxs, mi mama de 49 y mi viejo de 68. Nací en Buenos Aires, Capital Federal. Siempre viví en el barrio de Almagro, soy mama de Bruno de 7. Cuando cumplí 15 años, lejos de la fiesta, me encontré por primera vez dentro de un calabozo, conocí el instituto de menores para mujeres Inchausti, del que entré y salí sistemáticamente por tentativa de robo o por hurto, hasta que cumplí los 18.

Año 2008, la policía que me conocía hace tiempo, me empapeló en una causa por intervenir en la paliza que un grupo de policías le estaban dando a un pibe menor de edad que habían agarrado por robar un celular en ese contexto era carne de cañón. De la comisaría me llevaron al subsuelo del palacio de justicia donde se encuentra la alcaldía, allí el defensor oficial me informó que estaba imputada en la causa de robo consumado agravado por el uso de arma blanca y agravado por

haberse cometido con un menor de edad, que la pena mínima era de 5 años y que sería trasladada a la unidad 3 de Ezeiza.

Esperé juicio y me condenaron a 7 años. Estuve 4 años en esa unidad y 1 año en la unidad 13 de La Pampa, Santa Rosa. Salí en diciembre del 2012, en el proceso de salir del contexto de encierro me sentía todo el tiempo observada, extraña, ajena a todo y todxs. Perseguida e insegura, no podía comer, no podía dormir, me avergonzaba no saber sacar el boleto para viajar en colectivo ya que los años habían pasado y hasta sacar el boleto era algo desconocido, estaba permanentemente a la defensiva con el mundo que me rodeaba.

—¿Cuándo y cómo conociste Yo no fui?

—Conocí a YoNoFui en el año 2009, en un taller de poesía y serigrafía del que participé estando detenida, durante mis años en la cárcel tuve cero en conducta y en concepto para la policía era un cachivache pese a que participé de infinidad cursos en oficio, talleres de arte, actividades deportivas, terminé mi secundario, pero en ese espacio el taller de yonofui encontré un lugar de resistencia lisa y llanamente cuando Ramona una de las dos talleristas me contó que había salido hace algunos años de ese mismo penal, no lo creía era más o menos como si me hubiese dicho que era de otro planeta, me voló la cabeza, traspasó el imaginario precario y desgarrado que tenía con 19 años de lado a lado y las limitaciones y la violencia que la asimilaba como algo natural, para alguien como yo, marrona, empobrecida, villera y rebelde. Esta cachivache empezó a tener dudas, ¿será posible? A preguntarse ¿seré capaz? A cuestionarse, ¿hay otro horizonte posible? María y Ramona me segundearon a llegar a que estas preguntas se hagan solas en mi cabeza, compartiendo un mate, estampando en tela, dibujando, haciendo poemas, leyendo textos, llamándome por mi nombre ,un hecho tan simple y sencillo era más que un gesto de afecto y respeto, el oxígeno para dar vuelta mi historia.

—Imagino que conocer el colectivo te cambió la vida....

—Siempre me pregunto que hubiera sido de mi si no me hubiese encontrado con Yo No Fui. Encontrarme con lo colectivo, me cambió la mirada. Encontré un sentido crítico a la forma de vivir que llevaba, aprendí a ver y entender los vínculos, el sistema estatal y a la justicia. todo esto fue un proceso de años que me fue despegando poco a poco de aquellas lógicas que fui problematizando, las torturas de la cárcel como tales y el porqué llegue ahí, transitar este proceso no fue nada fácil, dolió y sigue doliendo, el colectivo, el arte , los debates me segundearon a expresar algo de todo el ruido que traía en mi cuerpo ese ruido que a la vez se volvía un nudo en la garganta cada vez que intentaba si quiera mencionarlo, la escritura fue una de las herramientas mas vitales y mas potentes que puedo reconocer en todo este proceso sin ella todo ese ruido me hubiese dejado aturdida y mi vida nunca hubiese sido lo que hoy agradezco que es.

—¿Qué actividades hacen dentro y fuera de las cárceles? ¿Quiénes integran Yo no fui?

—En el barrio de Flores tenemos nuestra hermosa casa, donde funcionan parte de nuestros proyectos artísticos y productivos. Actualmente alrededor de 100 compañerxs que salieron de la privación de libertad, en arresto domiciliario, compañerxs que pasaron por la situación de calle o de violencia de genero, familiarexs de detenidxs y disidencias sexuales transitan semanalmente nuestros talleres de formación y de cooperativismo. Contamos con la unidad productiva de Textil, Serigrafía , Encuadernación , Escritura y comunicación (editorial tinta revuelta), fotografía (Luz en la Piel) ,también nos encontramos en proceso de construcción de Bell, Toda Belleza Es política, un espacio de donde les chikes podrán trabajar y brindar un servicio en el rubro de la estética , quienes integramos el colectivo, personas que pasamos por el contexto

de encierro y otras que no, es un colectivo de cuerpos tan intensos como sensibles que entendemos que los problemas y los conflictos no son individuales, encontramos en el estar juntos el deseo común de habitar políticamente el sentido humano y la convicción de que un mundo sin centros de tortura es posible aunque no vivamos para verlo.

—¿Se definen como feministas? ¿Qué tipo de feminismo defienden? No tengo claro si son un colectivo de disidencias sexuales o cómo se definen. ¿Podrías explicarlo?

—Para nosotres la forma de definirnos no es algo estático, a lo largo de los años fuimos recreando el modo de autopercebirnos al calor de las discusiones que llegaron con la consigna #NIUNAMENOS. Este proceso dejó en evidencia que cuando las mujeres y disidencias organizadas salimos a la calle, logramos intervenir e interrumpir los intereses patriarcales de cualquier gobierno de turno como lo demostramos con la aprobación de la ley de interrupción voluntaria del embarazo. Hoy nos percibimos como colectivo transfeminista y anticarcelario que ha encontrado más que una agenda dentro de los movimientos transfeministas y de disidencias sexuales en Argentina, que se encuentra integrado por una pluralidad de intereses, voces e interpretaciones que provocan sensaciones ambiguas. Fuimos felices en la calle luchando con las 800.000 mil encerradas que supieron llegar a un paro nacional, pero como no todo lo que brilla es oro en este movimiento tan grande también nos encontramos con la lógica punitiva que quiere dejarnos por fuera por tener antecedentes penales como

si esto fuera motivo suficiente para tolerar la violencia que recibimos por parte del monstruo patriarcal del servicio penitenciario. Más bien diría machos violentos organizados y a sueldo. Hoy más que nunca y pese a quien le pese salimos

a incomodar cuando gritamos a los cuatro vientos NI UNA MENOS EN LAS CÁRCELES TAMBIÉN, todx preso es político, no creemos que hay un feminismo o un transfeminismo, entendemos que hay feminismos y transfeminismos heterogéneos en un proceso de transformación.

—¿Qué es la cárcel?

—La cárcel es un negocio de pocos que perjudica siempre a las personas empobrecidas, a lxs pobres, no es casual que las cárceles llegaron con los fines de la abolición de la esclavitud y con la colonización. Vivimos en una sociedad extremadamente punitiva, que avaló migrar un modo de castigo a otro. Antes se hacía en las plazas, se mutilaban y castigaban a las personas frente a todxs en público, como un espectáculo. Hoy la cárcel sigue cumpliendo ese rol esta vez con la sutileza que supieron concebir los muros que cubren los cuerpos que la habitan, rejas para dentro la tortura 24 x 7, el estado, la justicia y los sectores con más recursos económicos necesitan mantener subjetivamente a la comunidad fragmentada entre buenos y malos, víctimas y victimarios, sujetos de derechos y sujetos criminalizadxs, la concentración del poder patriarcal para sostener el “orden social”, aunque está más que demostrado que la cárcel no reduce el delito, no previene ningún daño y por sobre todo no repara.

La libertad para mí no pasa por salir de la cárcel, la libertad para mí es la capacidad empática que podemos desarrollar en la percepción del otro, mirando a ese otro como mirándose uno mismo. Juzgando a ese otro como juzgándose a si mismo. Los encierros son subjetivos y las libertades también.